

FBI

Selecciones

OPERACION "RESCATE"

J. TELL

R



**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

J. TELL

**OPERACION:
RESCATE**

© J. TELL

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro Garcia, 17.

Madrid - 5. España

Printed in Spain

Depósito Legal: M. 7.267-1969

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

CAPITULO PRIMERO

M

El primer servicio como agente del F. B. I. me llevó a Miami, lo que no es mala cosa si se considera que algunos compañeros han ido a parar a Groenlandia o al Congo.

Miami... Bueno; ya saben ustedes lo que es Miami. El sueño de toda joven que posea un par de piernas bonitas. No, maldita sea.

Me sería sencillo asegurar que soy una belleza. Pero no quiero que si alguna vez llegan a verme queden defraudados. La sabia naturaleza —lean la «estúpida»— me escatimó todos sus dones.

Algún hada maléfica debió zarandear mi cuna, con el consiguiente desperdigamiento de los huesos, porque en mi esqueleto no encajan adecuadamente.

Mis compañeros aseguran que ni en el circo han contemplado tal descoyuntamiento.

Puedo pasarme una pierna sobre el cuello o doblarme hacia atrás hasta rozar con la nariz los talones y andar como las arañas. Lo cierto es que la verticalidad, la proporción, no se dan en mi cuerpo que, abandonado a sí mismo, queda en las posturas más extrañas.

Mi pelo es de un rubio pajizo, basto, y propende en las puntas a retorcerse. Los ojos, diminutos, de un azul intenso, brillante, y el óvalo de la cara, largó, con la nariz respingona y la boca pequeña.

Distribuyan pecas de distintos tamaños sobre la piel y tendrán una imagen bastante aproximada de mí... en cuanto al físico.

Por lo demás, soy de «brillante inteligencia, rápidos reflejos y capaz de resolver cualquier situación por difícil que sea». Así reza en mi expediente.

No estoy yo muy convencida de ello, pero les puedo asegurar que, desde pequeña, me las he ingeniado para salir adelante sin grandes ayudas.

En atención a estos méritos y a dominar el español, me encargaron del asunto «rescate de prisioneros de Fidel».

No me refiero a lo del trueque de hombres por tractores, sino a las actividades de cierta organización llevada por cubanos exilados y a la que mandaba un tal David Peroso, que militó primeramente con los «barbudos».

—Hebe —me dijo mi jefe—: actúa de ángel tutelar con esos muchachos. Y evita que nos compliquen en algún lío gordo. De

paso, abre bien los ojos y oídos, pues seguro que hay agentes de Castro infiltrados entre los exilados.

Así dicho parece un asunto fácil. Pero con motivo de la revolución cubana, Miami se ha convertido en un barrio de La Habana.

No era, como manifestaba mi jefe, que se sospechara la infiltración de hombres de Castro, sino que se tenía la evidencia de que entre los miles de cubanos que pululaban en la ciudad, era tan difícil distinguir los «buenos» de los «malos» como calcular a simple vista cuántas lentejas de un saco de cien kilos contienen «coco».

Es preciso recordar que en las proximidades se encuentra Cabo Cañaveral y no se descartaba la posibilidad en el Departamento de que entre tanto gesticulante antillano no se hubiera deslizado algún espía o docenas de espías.

Y con el desprecio que los hijos de la Perla de las Antillas sienten por la vida propia... y ajena, ya pueden imaginarse que no era un viaje de placer el que yo hacía a Miami, sino todo lo contrario.

Pero voy a contarles a ustedes lo que ocurrió y así juzgarán el «encarguito».

Ya en la capital del Reino de la Gracia y la Belleza, como una cursi revista calificó a Miami, despreciando las alegres tentaciones que me brindaba el sitio, fui a entrevistarme con Peroso.

Habitaba en un edificio de dos plantas, casi al final de la Brickell Avenue y frente a la bahía.

Dos tipos de especial bizarra catadura me dieron el alto y uno de ellos me cacheó con morosidad, cosa que no me sorprendió, pues lo saliente de mis huesos debieron parecerles las culatas de armas de todas clases.

Al estar, por último, en presencia de Peroso, quedé impresionada. Era un extraordinario ejemplar humano.

Alto, trabajado a cincel el rostro en el que todo eran trazos profundos. Los ojos negros, hundidos, la nariz afilada, el corte de las mejillas formando unas grandes cavernas, la boca de labios finos, el mentón cuadrado, agresivo, con la barbilla adelantada, en pico.

El pelo chorreaba sobre su frente y orejas como los racimos en las vides, negro, formando bucles. Su cuerpo era un enhiesto bosque de huesos sujeto por unas líneas musculosas de las que pendían las manos grandes, extraordinariamente activas, en continuo movimiento.

Examinó la carta de presentación que me había preparado el

Departamento con un gesto duro, escéptico.

—¿Agente del F. B. I., eh? —masculló—. ¿Y para qué mil diablos puede servirnos?

Adiviné lo que pensaba. La clásica desconfianza del macho hacia la hembra. Le hubiera podido dar una conferencia sobre lo útiles que resultan las mujeres expresamente adiestradas en las actividades policiales. Más preferí ir derecha al bulto.

—Al F. B. I. le interesa estudiar el procedimiento de rescate de varios compatriotas —expliqué—. Cree que por mediación de su grupo es fácil conseguirlo.

Aquello le halagó. Desde luego, era cierto.

Estaban recientes las ejecuciones de mis compatriotas Fuller, Thompson y Zarba y el fallido intento de agresión de los también paisanos míos Hughes y Hunter. Pero mis instrucciones eran harto más extensas.

—Quizá se pueda hacer algo —concedió.

Aquella misma tarde hizo mi presentación a sus compañeros, a parte de ellos, porque la organización tenía esparcidos hombres por diversos puntos, dentro de Cuba especialmente.

Cuatro fueron los que me dieron la bienvenida.

Pedro Cernuda, un cuarentón fornido, de ojos pequeños, intensamente negros y fino bigotillo.

Andrés Quero, de unos veinticinco años, alto, delgado, membrudo, de pelo y ojos castaños.

Gallo Carpo tenía cerca de los cincuenta y era de mediana estatura, vientre abultado, rostro triangular donde penduleaba una gran nariz aberrenjada, de punta rojiza, ojillos pitarrosos, parpadeantes y un corto pelo grisáceo, con la coronilla calva.

Y, por último, Denis Bracqueville, yanqui.

Desde el primer momento no me gustó, pese a proceder como yo del Estado de Idaho. He de reconocer que tampoco le agradé mucho.

Era alto, de pesados huesos, juraría que anormal su esqueleto. Los brazos y piernas muy largos, los hombros y las caderas anchos y las manos enormes, con unos nudillos tan salientes como guijarros. Más tarde supe que había sido luchador de «catch» y boxeador.

Fue el único que torció el gesto al enterarse de mi inclusión en el grupo.

David defendió, con vehemencia, mi candidatura y, tras una agria discusión en la que las voces resonantes fueron la suya y la de Denis, éste se plegó y otorgó el «placet».

Si he de decir la verdad, sospeché que el tal Denis fuera un

traidor, pero en el transcurso de un par de meses, que me sirvieron para conocer a todos bien, hube de desechar tal pensamiento.

Brac —como le conocían abreviando el largo apellido— era incondicional de la organización y enemigo furibundo de Castro, aunque maldito si jamás entendí sus razones para semejante odio.

Pronto me consideraron insustituible. Aquélla era otra de mis cualidades. No hacía nada en particular para que me cobraran afecto, salvo, quizá, el tomárselo yo.

Es inútil que trate de corregirme y acepto que no es buena cosa amar u odiar de forma tan total y sin reservas. Por lo menos, no es bueno para mi profesión.

Quizá es el momento de que les presente a otro miembro del grupo: Remorino, Anselmo Remorino. Especialista en falsificaciones. Era un artista en cuanto a imitar sellos, firmas y toda clase de escudos o signos convencionales.

El y yo entablamos unas curiosas relaciones. Disputábamos en todo el tiempo, pero éramos incapaces de no vernos y discutir.

Aquel par de meses transcurrieron sin grandes acontecimientos. Se llevaron a cabo varias incursiones y volvieron David y los suyos con prisioneros a los que habían conseguido rescatar.

Comencé a tomarle gusto al trabajo aquél, si bien yo no participaba en forma activa en los «rescates». Pero en el Departamento continuaban estando seguros de que Castro tenía agentes en Miami y de que trataba, por todos los medios, de desarticular nuestra organización.

Hubo un par de encuentros y los correspondientes tiroteos, aunque sin trascendencia. En las manifestaciones públicas y discursos especialmente. En esas algaradas yo tomaba nota de los elementos contrarios para futuras operaciones.

Pero una noche hizo su presentación en escena Lucía Bernon. Y se inició un drama que el de «Romeo y Julieta» resultaba una aventurilla sin importancia en comparación.

La admiré nada más verla. Era dulce y tal dulzura coloreaba su piel como si otro sistema venoso la repartiera por su cuerpo.

Labios gruesos, plegados en una sonrisa constante. Ojos grandes, de un verde apacible, irradiando ese bienestar que procura el brillo de una esmeralda o una luz con pantalla blanca.

El pelo castaño, espeso y suave, cayéndole como una campana sobre el cuello. La frente, despejada; la barbilla, redonda, partida por un hoyuelo que también se le formaba, al sonreír, en la mejilla derecha. La dentadura, limpia y pareja.

Su cuerpo era el pedestal indicado para sostener tal cabeza;

esbelto y fuerte, de diosa joven.

Los ojos de David se encendieron como dos luciérnagas en la oscuridad cuando la vio bien. Y eso que entonces estaba demacrada y ojerosa por la emoción de la fuga de la prisión donde los tenían y la travesía en el pesquero que les trajo a la costa.

Aquellos pequeños barcos eran los nudos de la red tendida entre Cuba y la costa de Florida por el grupo de Peroso.

Por su inocente actividad, podían recorrer todos los puntos estratégicos sin despertar sospechas. Y en el momento justo recogían a los fugitivos escamoteándolos de delante de las narices de los vigilantes.

Eran —y son, pues su trabajo continúa— auténticos barcos piratas, en constante exposición, pero difícilísimos de descubrir, pues se disfrazaban perfectamente entre los auténticos y contaban, además, con la pasiva colaboración de la mayoría de éstos.

La expedición en que vino Lucía estaba compuesta por ella, otra mujer y cuatro hombres. Entre ellos, una personalidad política importante.

Cuando los tuvimos en nuestro cuartel general de Miami, yo los observé con atención. Había un viejo de barba y melena de porte noble, de intelectual. Deduje que sería el político.

Me equivoqué. Se trataba de un campesino. Le acompañaban su mujer y sus dos hijos, unos mocetones con las caras cerradas por el candado del malhumor.

El político era un tipo insignificante, rostro buido, gafas con cristales de un grosor extraordinario, y piel blanca, no sé si más blanca aún por el susto que se albergaba en su cuerpo.

Y, naturalmente, Lucía. Pero ésta merece capítulo aparte. La organización facilitó dinero y documentación a los fugitivos y les asignó puestos de alojamiento.

El campesino y su familia no deseaban sino que se les permitiera trabajar en el país y obtener la nacionalización más adelante, importándoles un rábano lo que fuera de Cuba y del mundo entero.

Bueno; aquél era un problema y no de los menos gordos. Porque una cosa era concederles asilo y, otra, admitirlos definitivamente en el país. Con mi intervención se arbitró un medio arreglo.

Los campesinos fueron al campo, provisionalmente, y el político pasó a engrosar el numeroso cuerpo de inútiles que viven del cuento.

Pero quedaba Lucía, como ya he dicho. Ella no había quitado ojo de David, en tanto duraron los trámites con los otros. Y su expresión empezó a inquietarme.

Al preguntarle sobre sus intenciones, se mostró muy apurada.

—No sé —confesó—. Lo único que deseo es luchar por la libertad de Cuba.

Lo dijo de un modo que hubiera enardecido al más frío arqueólogo, pongo por caso de seres ayunos de pasiones vivas. Me fijé en David y me sobresalté. Jamás le habían visto un rostro tan acaramelado.

—¿Has dejado familia allí? —interrogó con un innecesario dulce acento.

—No. A mi padre y a mi hermano... los fusilaron.

El trémolo de angustia que puso en aquellas palabras nos estremeció a todos.

—¡Yo quisiera quedarme con vosotros, ayudaros! —prorrumpió a continuación—. Ninguna otra finalidad existe ya en mi vida.

—Pues si es así —manifestó David con apasionamiento—, quédate. Nos serás muy útil.

Ninguno de los que asistíamos a la escena aquella tuvimos idea de para qué resultaría útil Lucía, pero no quisimos oponernos a la decisión de David, de quien, por otra parte, parecía haberse apoderado un fuego batallador.

Fue Remorino quien formuló la primera advertencia, una vez que estuvimos los tres solos.

—¿Has meditado bien en lo de que esa mujer se quede con nosotros, David?

—¿Por qué no? —rezongó David violento—. Trae documentos que prueban cuánto nos ha dicho.

—Escucha —intervine yo—, quizá pueda quedarse, pero habrá que tenerla a prueba durante bastante tiempo. Las historias pueden inventarse.

Eso resolvió la cuestión con Remorino.

—Bueno —se encogió de hombros—; como deseáis. Pero a Brac no le gustará.

La observación era justa, Brac, como segundo de la organización, tendría algo que decir respecto a la presencia de Lucía.

Y lo dijo.

II

E

S lo más estúpido que he visto hacer! —vociferaba Brac, poseso de uno de sus terribles ataques de cólera blanca, hundido en un sillón, con las piernas pasadas sobre uno de los brazos y el torso vuelto hacia el frente.

Siempre me impresionaba el que no gesticulara al indignarse o discutir.

Gritaba, y la cicatriz que le recorría la cara desde la sien izquierda hasta la nuez, se le volvía de un color más blanco, tal vez porque resaltaba de la palidez verdosa que teñía entonces su rostro.

Sus ojos grises, con una constelación de estrellas rojas, se encendían; los puntos rojos aumentaban y semejaba que se le llenaban de sangre hirviente. Pero no se estremecía.

—No veo el inconveniente para que Lucía no se quede en nuestra organización —replicó David, intentando no excitarse.

A veces se esperaba que se enfureciera terriblemente, y no se inmutaba; y poco después, por una nimiedad, estallaba.

—¿No te das cuenta, eh? —insistió Brac, y se levantó—. ¿No te parece raro que desee quedarse con nosotros? Aún no la he visto, pero estoy seguro de que es una espía, una asquerosa espía.

—¿Por qué ha de serlo?

—¿Y por qué no ha de serlo? Los documentos que presenta pueden ser falsos.

David se enfureció. Sus rizos negros se agitaron.

—Escucha Brac; esa mujer interesa a nuestra organización. ¡He decidido que se quede y basta!

Brac resistió la mirada de David durante un cierto tiempo. Pero, como siempre, acabó por girar sobre sus pies y marcharse.

—¡Debieras terminar de una vez con él! —se expresó con indignación, Quero—. A cada instante que pasa se insolenta más contigo.

—Es un buen elemento. Y no se le puede reprochar su celo por la organización. Pero Lucía se quedará con nosotros.

Un trémolo inusitado en su voz me llamó la atención. Estudié su rostro y empecé a comprender el por qué de su decisión.

David estaba enamorado. No con ese amor que se puede razonar, el que se origina ante una atracción física que puede repetirse ante muchos modelos, sino la pasión absorbente, única,

que oscurece el cerebro como bajo los efectos de una borrachera y obliga a cometer los actos más absurdos sin notar que lo son.

Yo no he estado nunca enamorada, así como tampoco me he emborrachado, porque ambas cosas, el amor y el vino, las repele mi naturaleza, pero sé qué signos exteriores presentan.

Y David estaba enamorado, rotunda, completamente enamorado.

Y lo peor era que Lucía también.

En los días que siguieron, yo, con una curiosidad casi científica, asistí al desarrollo de lo que di por supuesto era una repetición de «Romeo y Julieta».

Lucía y David se contemplaban y sus miradas se unían como si estuvieran cogidos de las manos. También llegó eso.

Y los besos.

A partir de aquel momento, dejé de observarlos.

El día que se enfrentaron Brac y Lucía la temperatura descendió varios grados.

Así como las naturalezas de ella y de David se atraían por encima de toda consideración, con mi compatriota ocurría el fenómeno contrario.

Lucía se encogió ante la mirada helada, ausente de deseo, que le lanzó el acromegálico sujeto.

Pero la bella tenía su campeón. Y hasta el momento, se portaba muy bien y estaba provista de un gran entusiasmo por ayudar a la organización... o a David.

Cuando se planteó el ir a liberar a dos jóvenes, a quienes los «barbudos» acusaban de espionaje y actividades contrarias a su administración, lo primero que hizo notar Brac fue que a Lucía no se la informase de la operación.

Quizá David no tenía tal intención, pero le decidió la actitud de su segundo.

—Ella tiene el mismo derecho que los demás —afirmó, lo que no era muy lógico, ya que Lucía aún no estaba oficialmente admitida por todos. Pero el amor hace cosas así.

—Quizá igual motivo podríamos sospechar de cualquiera de nosotros. Lucía ha demostrado que nos sirve y que desea cooperar en nuestra labor. Tomará parte, pues, en nuestras discusiones.

En tal forma se decidió la incorporación de la bella a la organización.

Yo esperaba que Brac promoviera borrascosa disputa, pero ya digo que sus reacciones eran desconcertantes. Ni aún siquiera puso otras objeciones. Se limitó a encogerse de hombros.

Los otros componentes de la banda que se hallaban presentes,

Andrés Quero, Gallo Carpo y Cernuda se mantenían en un precavido silencio.

Lucía fue llamada y se sentó a mi lado.

—En la Isla de los Huesos —se oyó la nota de orgullo por aquel triunfo en la voz de David— se encuentran esos dos hombres. Esa isla, por si alguno no lo sabe, está frente a Pinar del Río, en el archipiélago de los Colorados.

—¿No estuvo allí Bautista? —preguntó Carpo, volcándose sobre las rodillas.

—El ha sido quien nos ha informado —reconoció David—. Pero hay algo más.

Miró a todos con un gesto de franca complicidad.

—Es posible que muy pronto —descubrió por fin el secreto— nuestras esperanzas se cumplan y Cuba vuelva a nosotros. Se prepara...

Durante unos minutos estuvo hablando de un proyecto de invasión de la isla. Para el cual era esencial el rescate de aquellos dos hombres, porque estaban en posesión de una información que se juzgaba importantísima, una información que pondría en manos de los exilados una potente arma psicológica contra Fidel.

Yo escuchaba un tanto admirada por lo que suponía una fantasía.

Desde hacía tiempo, se conocía muy bien el potencial de Castro y sus secuaces. Pero me abstuve de hacer comentarios.

David explicó lo que habría de hacerse y el papel que asignaba a cada uno. Las mujeres estábamos excluidas.

La Isla de los Huesos poseía unas características especiales, pues no era tanto una isla como una pequeña península, cuyo istmo de unión con la parte firme se disimulaba a través de una zona pantanosa que el mar cubría en la marea alta. Algo así como el castillo de Saint Michel, en la Normandía.

Se llegaría a la isla de noche y por barco. Una vez en el pequeño poblado donde se alzaba el fuerte en que tenían encerrados a los prisioneros, Bautista los recibiría conduciéndoles al sitio exacto donde se ubicaba aquel edificio.

El resto pertenecía a la época de los libros de caballería. Asalto a la cárcel, reducción de los guardianes, fuga subsiguiente y protección en el barco, que esperaría a salir con los demás al amanecer.

Al terminar la reunión, sucedió algo desagradable.

El atildado Cernuda, imaginando sin duda que era un deber el hacer el amor al nuevo miembro femenino, se aproximó a Lucía y

empezó a decirle algo al oído.

Ella negó, sonrojándose y trató de esquivarlo. Pero Cernuda, que a sí mismo se consideraba un castigador, se creció y forzó el bloqueo. La réplica fue una bofetada congestionante que lo despidió hacia atrás. Todo el aspecto dulce de la refugiada se había desvanecido.

El incidente no hubiese pasado de ahí, pero entonces intervino David. Se abalanzó sobre Cernuda y lo atrapó por las solapas de la chaqueta.

—¡Voy a romperte el cráneo, por cerdo! —pronunció con un acento terrible.

Cernuda no era ningún «caguica». Una truculenta sonrisa curvó sus carnosos labios.

—Me parece bien —asintió.

Actué de árbitro. Cogí a David por un brazo y le hice retroceder.

—¿Eh, pero qué es esto? —Me encaré con él en particular—. ¿De cuándo acá vas a impedir que Pedro o cualquiera otro piropee a la chica que le guste? ¿Acaso ella no le ha dado una contestación suficiente?

—¡Lo voy a matar! —rugió otra vez amenazadoramente David.

—¡Déjate ya de decir tonterías! Hasta ahora nadie sabe que Lucía sea otra cosa que una compañera. Si es que vuestras relaciones son algo más, decílo para que nadie se llame a engaño.

Bueno; así soy yo. David se puso rojo, después pálido e igual juego de luces acusó el rostro de Lucía.

Un silencio ominoso convirtió en estatuas de panteón a los presentes por algunos momentos. Se rompió con un sollozo que emitió la interesada en el conflicto, seguido de su rápida huida. David se movilizó a su vez y corrió tras ella.

—¡Lucía! —gritó.

La cosa estaba clara. Cernuda cambió su dura sonrisa por otra comprensiva.

Yo, que había comprendido a conocerlo bien, sabía que ningún rencor se archivaba en su corazón y de que se alegraba de que todo se hubiera resuelto así.

Lo mismo asomaba en los rostros de los demás, excepto Brac, que fruncía los labios despectivamente. Remorino se acercó y me expresó con una dudosa admiración:

—Eres única, Hebe. Estoy escribiendo un poema en el que te describo.

—Emplea el verso libre —indiqué—. Así tendrán sitio mis huesos.

Y lo dejé plantado.

Me alegraba de haber revelado oficialmente el estado de amor que existía entre Lucía y David, aunque me intranquilizaba la actitud de Brac.

Reconocía que era muy útil, que poseía un gran valor y que sus argumentos no eran de desdeñar en lo que respecta a la dimisión de Lucía en nuestro grupo, pero me estaba fastidiando ya.

El día en que los hombres que iban a realizar el trabajo en la Isla de los Huesos, partieron sorprendí algo que me inquietó. No quise decir nada a David, aunque después me arrepentí de no hacerlo.

Salía del Departamento de Policía, donde había ido a realizar cierta visita a mis superiores, y al cruzar por delante del Cuartel General de los Bomberos, distinguí a una mujer que marchaba de prisa y que torcía por la Miami Avenue.

Era Lucía, que por haber rebasado el sitio por el que yo salí, no me pudo ver.

Estuve tentada de llamarla, pero algo furtivo y apremiante que se notaba en su paso y el hecho de que fuera por tales sitios, alejada de donde se alojaba, me contuvo.

Tal vez hubiera ido a resolver algún asunto, como yo. Mas me constaba que ella no tenía asunto alguno que resolver, y si lo había era de naturaleza que había ocultado cuidadosamente.

Me dispuse a seguirla. Aunque ella marchaba casi corriendo, era cosa fácil para mí con mis largas zancadas y mi instinto de sabueso.

Al minuto y medio escaso, presencié algo todavía más extraño. Porque Lucía habría andado unas doscientas yardas hacia el Norte, cuando la vi desviarse bruscamente a la izquierda, cruzando la calle y sorteando a varios vehículos, y aproximarse a un coche, un «Nash» de rabioso color amarillo y con la matrícula KP 3212.

Me quedé suspensa, intentando conjeturar lo que significaba aquello. Incapaz de resolverlo, opté por volverme y regresar a la casa que David ocupaba al final de la Brickell.

No dije nada a David. Varias veces abrí la boca con ese objeto, pero me limité a llenarla de aire y a cerrarla de nuevo.

La verdad era que estaba confusa y con un vago sentimiento de culpabilidad. Inventé mil excusas para el misterioso viaje de Lucía, pero mi larga experiencia en tales asuntos no me engañaba.

Por fin, me atreví a preguntar dónde estaba.

—Salió a comprar unas cosas, ropas, ¿sabes? —me informó David con una sonrisa.

La noticia me paralizó, pero entonces hice el esfuerzo de sobreponerme.

—David... —empecé.

Entró Carpo.

—¿Habéis preparado el pesquero? —inquirió David.

—A eso vengo. A decirte que ya está y, si quieres, puedes comprobarlo.

—Voy.

—David... —insistí. Pero él me hizo un gesto de despedida y se largó.

No fui lo decidida que debiera, pero mi disculpa es que no acababa de olfatear en aquello un auténtico peligro. Yo sé que el instinto, que se nos atribuye a las mujeres, no es sino una percepción hipersensibilizada de detalles y su ordenación lógica en el subconsciente.

En la academia de Quántico descubrí que era algo perfectamente normal utilizar tal instinto para enjuiciar los acontecimientos. Y en aquel caso yo no asocié lo que había visto con el trabajo que se pensaba llevar a cabo en la isla de los Huesos.

Ya tarde, cuando los hombres habían partido a su peligrosa aventura, hizo su aparición Lucía. Tan sonriente y feliz y cargada de paquetes.

Contra mi voluntad, la importancia de sus actos aquel día iba debilitándose, aunque un raro presentimiento, como un topo, iba excavando una larga galería en mi interior.

Al regresar David de su inspección al pesquero, tomé la resolución de no hablar de ello. Ya se descubriría lo que fuera.

Espié los movimientos de Lucía, pero a partir de la llegada del jefe, todo se convirtió en ternura. Y me fui a observar el trabajo que realizaba Remorino en su laboratorio.

—¿Qué ocurre, Hebe? —me interrogó sin abandonar la delicada operación que realizaba de transformar una cartilla militar de un guerrillero desaparecido en la de uno de los nuestros.

Era uno de los procedimientos que se utilizaban para facilitar la reentrada en la hermosa isla dueña del Caribe a muchos de los que la habían abandonado por oposición al régimen de Castro.

—Nada. Únicamente que estoy preocupada.

—¿Por esa excursión a la isla de los Huesos? ¡Bah! Otras cosas peores se han llevado a cabo.

—Desde luego. Pero hay algo que me tiene sin sueño. ¿Cómo es que conociendo los hombres de Castro la existencia de esta organización —y de eso no existe duda— no han pretendido destruirla?

—¿Te refieres a que es extraño que no hayan pretendido

cazarnos? Pues sí que lo han hecho. A David lo han baleado en varias ocasiones.

—No me refiero a eso. Digo más meditado.

—¿Lucía?

Le dirigí una larga, especulativa mirada. Y asentí. Pero Remorino denegó con la cabeza y se concentró en su trabajo.

Me fui a mi cuarto.

Al pasar por la sala principal, descubrí a Lucía y a David, sentados en un diván, y mirándose a los ojos.

Era una actitud ridícula y si se les hubiera sacado una fotografía para publicarla con un pie cómico, causaría sensación.

Mas pese a ello, me estremecí. Estaba segura de que no notaban lo que sucedía a su alrededor, incluso aunque fuera una explosión nuclear.

Y para mi asombro, sorprendí en mí un sentimiento de amargura. Era la primera vez que lamentaba ser fea, ya que me hubiera gustado sentir una tal pasión y verme correspondida.

III

Q

UERO se tambaleó en el marco de la puerta, sujetándose con las manos a las jambas, y fue luego cayendo hasta desplomarse en el suelo. Remorino y yo corrimos a levantarlo, cuando conseguimos escapar de la súbita paralización que nos invadió.

Lo transportamos al diván. Al retirar mis manos de debajo de sus brazos, por los que le sostenía, me las encontré manchadas de sangre.

—Está herido, Anselmo. Convendría llamar al doctor Montkland.

—Iré.

Yo me las apañé para despojar a Quero de su chaqueta de cuero. La camisa la rajé limpiamente y entonces pude apreciar la importancia de la herida, una fea boca que se abría en su hombro. Quero se había puesto el pañuelo sobre ella y logrado contener la hemorragia.

El herido, al sentirse hurgar en el hombro, gimió y abrió los ojos, recobrándose del desmayo.

—Hebe —pronunció débilmente y trató de incorporarse. Le di un empujón, arrojándole de nuevo contra el cojín que soportaba su cabeza. Me contempló con estupor.

—¡No te muevas! Ya lo has hecho bastante. Y cuéntame qué es lo que te ha ocurrido antes de que venga el doctor.

—¡Maldita sea! —No pude evitar que se volviera de costado para mirarme, aunque tuvo que apretar los dientes para no gritar—. Oye, Hebe: tengo necesidad de hablar con David, ¿comprendes? Hemos sido traicionados.

—¿Traicionados?

—¿Te duele la palabra, eh? Pues así es.

—¿Qué ocurrió?

Quero hizo unas cuantas inspiraciones profundas. Noté que palidecía y corrí a escanciar y darle a beber un vaso de *whisky*: Luego barbotó excitado:

—Hasta la isla de los Huesos todo fue bien. Bautista, como había prometido, nos esperaba en la bahía Blanca y nos condujo a un corralón donde nos metió en medio de una docena de puercos. Nos explicó que los dos prisioneros se encontraban en el Fuerte, y que uno de los guardianes facilitaría la huida, pues era de los nuestros.

»Esperamos a la hora en que efectuaban el relevo. Y fuimos

hacia allá. Brac nos obligó a separarnos, como si esperara que se produjese algo. Y no quedó defraudado.

»No había luna y el poblado estaba silencioso y solitario como si todos sus habitantes hubiesen abandonado la isla. El reloj del Municipio dio las campanadas de las dos de la madrugada.

»Llegamos al lugar que Bautista había acordado con el guardián. Bautista se adelantó para ponerse al habla con él. Esperamos con impaciencia y... ¡estalló el petardo!

—¿Qué petardo?

—No. ¡No! —barbotó Quero, a quien el licor había reanimado—. No estalló ningún petardo, aunque hubiera sido mejor. Se encendieron unas luces que nos enfocaron. Oímos y vimos correr a. Bautista. Unas voces: «¡A éstos! ¡Ellos son!». Y empezó el fuego. ¡Cuernos! Pedro saltó a mi lado con un agujero en la cabeza.

»Conseguí separarme del suelo ante el empujón que Bautista y Brac me dieron y los tres corrimos. Aún tuve tiempo de ver cómo Carpo efectuaba una voltereta y se tendía en tierra igual que un maniquí derribado.

»Nos dirigimos hacia el pesquero y nos refugiamos en él. La misma idea teníamos los tres.

Alguien nos había traicionado.

—Pudo ser el guardián —insinué yo.

—Eso pensaba yo también.

Quero se debilitaba por momentos, más prosiguió con un esfuerzo:

—Brac estaba silencioso, como ya sabes suele ponerse cuando siente mayor cólera. Pero entre dientes le oí decir; «¡Maldita!», varias veces y supuse a quién se refería.

—¿Qué pasó después? Cuéntamelo antes de que llegue el doctor Montkland. Necesito poder informar a David...

Me ahorré ese trabajo.

En aquel momento se abrió la puerta y David apareció.

Su rostro, generalmente blanco, lo estaba más intensamente y los ojos le brillaban en el fondo de las órbitas como dos cíclopes asomados a las entradas de sus cuevas.

Se aproximó al diván y examinó a Quero sin pronunciar palabra. Éste le clavó los débiles ojos.

—Bautista —continuó el herido sin intentar volver atrás en su narración— nos había dicho que aquel guardián era pariente suyo y que no le creía capaz de traicionarnos. A pesar de ello, dudaba y profería amenazas contra él.

»Bueno; todo se aclaró a los pocos minutos. Oímos el sonido de

unos remos en el agua. Brac y yo salimos a cubierta. Una lancha se dirigía al costado del barco. La ocupaba un solo hombre que gritaba, avisándonos:

»¡Es el guardián! —chilló Bautista, que se nos había reunido.

»Le ayudamos a encaramarse sobre la borda.

»¡Tenéis que salir inmediatamente! —Manifestó entre jadeos—. ¡Nos han traicionado! ¡Alguien nos ha traicionado! Lo sabían todo...

»Brac lo atrapó por el cuello de su chaquetón y lo suspendió en el aire.

»—Oye, maldito gusano: Si has sido tú y ahora vienes pretendiendo...

»—He podido escapar... —pronunció el hombre sin dejar de respirar como un fuelle estropeado —sólo para avisaros. Pero... me han herido...

»Nos dimos cuenta de que tal como lo tenía Brac cogido, por su costado derecho goteaba un líquido oscuro y supimos qué era: sangre. Brac lo soltó y el guardián trató de sostenerse en pie, mas se le doblaron las piernas y se derrumbó sobre las tablas de cubierta.

»—Muerto —informó Bautista tras un examen. Debe haberse desangrado en el viaje de la prisión hasta aquí.

»Guardamos silencio. Brac fue el primero en recuperar la vida. Se movió y...

»—¡La he de estrangular con mis propias manos! —bramó.

»Antes tuvo que ocuparse de preservar su propia piel. Oímos cerca el ruido de coches que se acercaban y que a poco penetraron en el pequeño muelle. Un reflector nos enfocó y casi al tiempo yo sentí un golpe en el hombro, que me lanzó rodando contra uno de los lados del barco.

»Era algo irreal lo que ocurría, ya que mientras daba vueltas sobre cubierta vi y dejé de ver la contorsionada figura de Bautista agrandada por el haz de luz, y que de súbito se empequeñeció, casi como si se desvaneciera, y quedó convertida en un hacinamiento de trapos.

»Brac estaba fuera de la línea de tiro y no recuerdo más. Tal vez lo mataron, puede que no. El sonido de las detonaciones no parecía tener relación con lo que sucedía sobre el viejo pesquero, y las figuras de los policías agitando junto a los coches, a veces iluminados por los reflectores, en la obra del muelle, daban la sensación de estar en el escenario de un teatro.

Quero quedé agotado. Miré a David y me asustó la rigidez de sus facciones.

—¿Quién te trajo aquí? —preguntó con un acento helado, como

la hoja de un cuchillo, e igual de cortante.

—Vicente, el patrón del «Bahama». No sé cómo caí al agua, o es que me tiré yo, y estuve nadando aunque sin poder utilizar este brazo. Luego, alguien, o algunos, me izaron a una barca. Lo último que pensé, fue que la Policía de Castro me había pescado.

David se apartó del lado del diván. Yo me reuní con él.

—¿Encontraste a Remorino? —Quise obligarle a escapar de su mutismo.

—Sí —me dio frente y me sostuvo por los brazos—. Hebe, ¿tú crees..., tú crees...?

—No se puede acusar a nadie sin tener una prueba concluyente —expresé aunque sin mucha convicción.

—¿Quién puede haber sido si no? Los que sabían lo que pensaban hacer eran...

Era cruel, inhumano, pero no tuve otro remedio. Le conté lo que había presenciado el día antes, cuando abandonaba la oficina del F. B. I. David se tambaleó como si le hubiera dado un golpe.

—Eso no quiere decir nada, David —rompí una última lanza en favor de Lucía.

Pero tuve que aceptar lo difícil que era llevar alguna esperanza al acongojado corazón del jefe de la banda de antifidelistas.

Porque la verdad era que no quiso oír ninguna de las objeciones que se le hicieron y que sólo él fue el causante de que la bella refugiada se sentara junto a nosotros y tomara parte en nuestros planes.

Y tendría que remorderle el haber enviado a sus amigos a una muerte vil. Juzgué de su situación mental por la línea de inflexible dureza de su boca.

—David —rogué—. David...

Me apartó y fue a la salida, justo cuando penetraban Remorino y el médico. Éste se dirigió a donde estaba Quero.

—¿Dónde va? —me preguntó Remorino refiriéndose a David.

—Cree que ha sido Lucía quien nos ha traicionado —contesté y fui tras el jefe.

Lucía se alojaba no muy lejos de allí, en una callejuela de las que existen en el ángulo formado por el Grapeland Boulevard y la autopista número uno. Insistió en ello, no queriendo hacerlo en nuestra compañía, aunque la mayor parte del tiempo lo pasaba con nosotros. Era otro detalle que añadir.

Conforme marchaba en mí «Rambler», siguiendo el «Corvair» gris de Peroso, podía reflejar el proceso mental del batallador joven.

Las brumas de la embriaguez amorosa se levantaban a medias y

le permitían distinguir los salientes rocosos de la sospecha.

Nos metimos en el dédalo de callejuelas y el coche que yo seguía se detuvo.

David subió a saltos la escalera de un viejo edificio y desde el portal oí sus frenéticos golpes en la puerta del portal del piso. Lo que tardaron en abrirle tardé yo en situarme a su lado.

La dueña de la pensión era un viejarruca, deslumbrada como un mochuelo por la luz del día. David la apartó sin consideraciones y avanzó por un oscuro pasillo hasta la habitación de Lucía.

Lucía se encontraba en combinación, con la melena revuelta, y su aspecto era seductor. Al ver a David emitió un gritito y corrió a ponerse una bata.

David fue hacia ella y le agarró los brazos con las manos.

—¿Por qué has hecho eso, por qué?

—¿Qué dices? ¿A qué te refieres?

—¡No intentes engañarme! ¡Maldita mujerzuela! ¡Si no fuera por...! ¡Te odio! Quisiera poder destruirte...

—Pero ¿de qué estás hablando, David? ¡Di, por favor!

—¿No lo sabes, eh?

La dejó suelta. Y la abofeteó. No de una manera convencional o figurada, sino con saña, recreándose en el castigo.

—¡David! ¡David! ¡No hagas eso! —gritó Lucía, retrocediendo y tratando de cubrirse con los brazos.

David la persiguió y continuó golpeándola hasta que la derribó sobre el estrecho catre que ocupaba un rincón de su cuarto. La joven producía un ronco sollozo; los labios partidos chorreaban sangre...

No resistía semejante espectáculo e intenté separarlos. No pude evitar el ganarme una bofetada que me hizo trastrabillar, pero sujeté el brazo derecho de David y, enganchada a él, di vueltas en el aire de la habitación, aunque sin desprenderme.

Y conseguí apartarlo de Lucía, no sin que de un golpe me remitiera junto a ella, con la barbilla ladeada. Pero estaba satisfecha porque mi intervención había logrado despertar a David y que se recobrara.

Lucía era la que no acababa de entrar en la normalidad. Sollozaba de un modo singular, sin que lágrima alguna convirtiera sus verdes ojos en auténticos lagos.

La hice volverse, ya que estaba de bruces y atravesada en el lecho, y la abofeteé por mi cuenta. Dejó escapar un grito, sus pupilas giraron dentro de las órbitas, y comenzó a llorar de verdad.

—¡Mis mejores amigos han muerto por tu culpa! —Se oyó la voz

de David, vibrante, enfurecida—. Debería matarte, destrozar tu hermoso cuerpo a latigazos...

Como buen sudamericano, David era dado a lo truculento. Yo abandoné a la maltratada mujer y me situé frente a él.

—¡En cuanto a tí, asquerosa traidorzuela...! —Se alteró al contemplar mi insolente rostro lleno de pecas y me dio una bofetada que me hizo temblar como a un fleje de acero.

En aquel instante recordé que era agente del F. B. I. y que llevaba años en la práctica de ciertos ejercicios.

Adelanté una mano, sujeté por la pechera de la camisa al enfurecido cubano al tiempo que introducía una pierna entre las suyas.

Un tirón y le hice volar por encima de mi cabeza. Desde el suelo, David me contempló ahora con estupor.

—¡Eres un solemne idiota! —le acusé—. ¿De qué te puede servir el suprimirla de este mundo, en el supuesto de que fueras capaz de hacerlo? Te quedarías sin saber quiénes son sus compañeros en Miami. Si es cierto que nos ha traicionado, nuestra manera de defendernos es reteniéndola y obligándola a que nos confiese quiénes son sus amigos.

Churchill me hubiera promovido el cargo de secretario del Foreign Office de haberme escuchado. Noté la señal de comprensión, de inteligencia, que apareció en el rostro de David.

Lucía continuaba llorando con un desconsuelo pueril. David se puso en pie, me apartó de en medio y se acercó a donde ella yacía.

—Lucía —demandó con la voz más serena y cierta indefinible emoción. Ella ocultó la cara en la almohada y gimió con mayor ahínco—. Lucía, oye...

Como arrastrado por no se sabe qué irresistibles fuerzas, se arrodilló junto a ella y cogió su cabeza entre las manos.

—Lucía, amor mío, pero si no puedo creerlo. ¡Es horrible seguir queriéndote así y pensar que has podido hacer una cosa semejante!

Lucía lo examinó con una expresión, mezcla de amor, de miedo, de sumisión y reproche por aquel trato.

David, sin poder resistir, se inclinó más y la estrechó en sus brazos, besando con pasión el maltratado rostro.

Discretamente me trasladé a otro extremo de la habitación y me entretuve observando un cuadro que reproducía un paisaje andino. Y la duda comenzó a apoderarse de mí.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no he hecho nada! —oí decir a Lucía.

—Pero ¡qué diablos!, los hechos cantaban contra ella.

Se me ocurrió que tal vez la hubieran obligado, que los individuos o individuo con quien fue a reunirse aquel día en que yo la sorprendí tuvieran algún poder sobre su persona. ¿Por qué no decía entonces quiénes eran?

—¡Te quiero, amor mío, te quiero! —resonaba la intensa, apasionada voz de David.

Experimenté miedo y desconcierto.

Yo no podía comprender aquel superior sentimiento que encadenaba la voluntad de un hombre como el jefe de la banda, en apariencia tan fuerte e indomable, y lo convertía incluso en traidor de sus propios camaradas.

Y, de repente, me asaltó el pensamiento si no se habría buscado deliberadamente el emplear aquella manera para ese fin. Pensamiento que no me hizo más feliz, ciertamente.

IV

R

EMORINO —filósofo de la escuela cínica, aparte de poeta incomprendido—, apreció la sutileza de mis argumentos cuando le informé de lo que había ocurrido. No obstante, insinuó alguna observación acerca de mis intenciones.

—¿No será que tú no creas en esa traición? Estás practicando un juego peligroso, Hebe, en el que expones la vida de todos.

—¿Qué otra cosa puede hacerse? Mayor peligro correríamos si la hubiéramos dejado ir.

—Ya. Tus razones son caprichosas. No se trata de saber para quién trabaje Lucía, pues lo sabemos todos. Lo único que cabe hacer por nuestra parte es terminar con el traidor y cambiar toda nuestra organización. En fin...

Se encogió de hombros y fue a retirarse. Lo enganché por el vuelo de la chaqueta y lo atraje a mi altura. Me observó con recelo.

—Oye, poeta desrimado: quizá aciertes, aunque tus deducciones son las de un detective barato. Lucía puede servirnos de rehén.

El gesto que hizo servía por todo un tratado de escepticismo.

—El jefe enamorado y tú, defensora de las de tu sexo... Allá vosotros. Imagino que algo te habrán enseñado en esa famosa academia.

A pesar de su tono, tomé nota de que Remorino aprobaba mi actitud.

Habíamos llevado a Lucía al cuartel general y yo la tenía bajo vigilancia. Se limitaba a decir que ella no sabía nada, y permanecía la mayor parte del tiempo como absorta, y encerrada en un mutismo reflexivo, como si pretendiera localizar el origen de sus ideas.

Andrés Quero había sido dado de alta por el doctor. Aunque escandalosa, su herida carecía de importancia. No dijo nada, pero el estiramiento de su faz demostró lo que pensaba sobre aquel asunto de Lucía.

Otros miembros de la organización mantenían igual significativo silencio; yo esperaba la explosión en cualquier momento, pero estaba decidida a presentar batalla a cualquiera que intentara ejercer algún procedimiento violento contra la joven. Esperaba que sucediera algo, aunque no sabía qué.

El jefe de la oficina del F. B. I. en Miami puso el mismo gesto

que Remorino cuando le expliqué unos días después aquel asunto. Y casi empleó sus palabras al decirme:

—Hebe, ándate con cuidado. No es un asunto que se pueda llevar a la ligera.

—Estoy segura de que si encerramos a Lucía ahora —porfié— nos quedaremos sin saber quiénes operan aquí a favor de Castro y en contra de nuestros intereses. Puede que sus amigos —si de verdad ella es culpable— sean únicamente partidarios del movimiento que existe ahora en Cuba, pero cabe también en lo posible que abarquen otras actividades.

Aqué! era un argumento decisivo. En efecto, mi jefe no volvió a objetarme. El temor de que nos metieran en casa espías le quitaba el sueño.

—Ten cuidado, Hebe —recomendó con acento paternal—. Pon todos tus sentidos alerta.

Lo que era igual que recomendarme tuviera cuidado de no hostigar el enjambre al meter la mano para extraer la miel. Porque un enjambre era Miami por aquel entonces.

Aparte de la organización de Peroso, otras muchas y diversos grupos políticos actuaban y declaraban abiertamente sus propósitos de invadir Cuba para derrocar el gobierno de Castro.

No hacía mucho que Miró Cardona se había puesto a la cabeza del Frente Revolucionario Democrático y se esforzaba por coordinar aquel vocinglerio.

Peroso despreciaba a los políticos y daba la impresión de que su lucha era un asunto personal. Pude enterarme de que un hermano suyo había sido fusilado en La Cabaña y que todas sus tierras, bastante extensas por cierto, le habían sido confiscadas.

A la salida de mi entrevista con el jefe del F. B. I. en Miami, distinguí a Remorino que miraba a todas partes con ansia. Le silbé provocando la admiración de unas viejas.

—¡Hebe! —me soltó casi sin aliento—. Debes regresar en seguida.

—¿Qué sucede? —hablaba en tanto que corría hacia el coche.

—Brac. Se ha presentado en la ciudad. Viene como un oso al que le hubieran arrancado la piel y supiera que está expuesta en un escaparate de la calle Flager.

El corazón me latía en los talones conforme dirigía el «Rambler» hacia el cuartel general de la organización.

—¿Cómo te has enterado de su llegada? —pregunté.

—Me llamó desde el «Caicos». Quería ir inmediatamente a ver a David.

—¿Te ha dicho algo de lo que pasó en la isla de los Huesos?

—Nada. Excepto que hablará de ello con David y que sabe que esa maldita mujer está viva y en su compañía. Estaba bebiendo, lo que no le vuelve más recomendable.

En un tiempo record, detuve el coche frente al edificio de dos plantas, descendí sin preocuparme de cerrar y subí de tres en tres los escalones. Penetré en la sala como una tromba. David y Lucía estaban sentados, ¡cómo no!, en el diván, me contemplaron con asombro y cierto recelo.

—¡Brac está aquí, David! —exclamé sin más.

Lucía abrió los ojos hasta el límite y se apartó de David, el cual quedó unos segundos envarado. Pero al llegarse a mi lado estaba perfectamente tranquilo.

—Me alegro de que esté vivo —dijo—. ¿Dónde se encuentra?

—David, tienes que marcharte de esta casa y llevarte a Lucía contigo.

—¿Por qué? Me parece que es una necedad.

—Necedad es que discutamos —refuté—. Brac no querrá oír tus razones. El da por seguro que Lucía nos ha traicionado; todos lo piensan así y sólo porque yo los contengo y porque temen enfrentarse contigo toleran el que siga viviendo en tu compañía. Pero Brac los reunirá, te arrebatará la jefatura de las manos y después te exigirá que le entregues a Lucía.

—¡Nunca!

—Está bien. Pero si esperas aquí con ella, no evitarás que Brac la convierta en su víctima. ¿No te das cuenta?

David temblaba de impotencia. Se daba cuenta de lo que yo pensaba transmitirle. Pero la idea de que le tuvieran por un cobarde y un traidor revolvía su naturaleza.

Lucía decidió en aquel momento expresar su opinión y su entrada en escena fue de un efecto impresionante.

—David... David, tú debes dejar que ellos hagan lo que piensan. No consientas que te consideren un desleal y que piensen que les tienes miedo.

—¡Lucía!

Los amores sublimes contemplados desde un patio de butacas emocionan y conmueven. Pero cuando se es el único espectador y se está en el escenario con los protagonistas, ¡cuernos!, se encuentra una tan en falso como colgada de un clavo en la fachada de un rascacielos.

—¡Es necesario darse prisa! —apremié.

La voz de la razón se dejó oír.

Remorino, que aparentaba encontrarse tan a disgusto como yo ante aquella ceguera amorosa, tomó la palabra:

—Hebe está en lo cierto, David. Oculta primero a Lucía y tendrás una fuerza que oponer a Brac.

David contempló con cierto extravío a su ayudante y, por fin, se decidió. Se volvió a Lucía y la hizo ponerse a su lado.

—De acuerdo —pronunció con un tono extraño. Me daba lástima comprobar su confusión mental. La llevaré al refugio de Israel.

Yo no tenía idea de qué refugio era aquél.

—Sólo provisionalmente —admitió Remorino—. Brac conoce esa casa también.

Por fin me enteré de que era una vieja sinagoga, medio en ruinas, a espaldas de la Plaza Park, en la parte baja de la ciudad.

—¡Rápido! —repetí.

—¡No, David, no! —exclamó Lucía. Pero David la empujó delante y la hizo salir. Yo hice un gesto a Remorino y se fue tras ellos.

Me asomé a la ventana y los vi cruzar la calle e introducirse en el «Corvair» gris, que se separó del bordillo de la acera y partió hacia el cruce con la 25.

Acababan de hacerlo cuando un viejo «Plymouth», de color acero, se detuvo frente a la puerta de la casa.

Y de él descendieron Brac, Carrasco, Quero, el mulato Zambero y Calderón, el escultor, la escuadra de los malencarados.

Brac les guiaba. Sólo por instantes no vieron a los que huían.

Me dispuse a recibirlos.

Mi cerebro parecía estallar de tantas ideas como brotaban y extendían sus ramificaciones por el interior. No obstante lo cual, no acerté a decir nada al enfrentarme con la faz de Brac y las máscaras trágicas de los otros.

—Quiero ver a David —anunció Brac.

—¡Hola, Brac! No sabes lo que me alegra de que escaparás de la celada que os tendieron —traté de ganar tiempo.

—Déjate de trinos y di a David que salga —cortó mi compatriota.

—Como no lo haga salir de un sombrero, como en el circo a los conejos —ironicé regocijada.

—¿No está, eh? Y tampoco esa mujer...

Se adelantó con las intenciones de un tanque y yo salté a un lado.

Brac se coló por las demás habitaciones y regresó con el rostro

aún más partido, como si fueran a separársele las dos mitades y colgar como una careta.

—¿Dónde está? —tronó aunque sin mover las manos.

—Estoy al paio —repliqué.

Y, previniendo, agarré un jarrón que adornaba el centro de una consola y me apresté a la defensa.

—¿Vas a defenderlos, no? —La voz de Brac expresaba un cruel desengaño—. Siempre vosotros con ese juego, azuzándonos para luego divertirlos. Te has metido aquí como una culebra, no para ayudarnos, sino para impedir que hagamos las cosas que es preciso hacer. El F. B. I.

—¡Eres idiota, Brac!

—Ya, ya. Han muerto Bautista, Carpo, Cernuda, hirieron a Quero, y los hombres que pensábamos liberar están ahora camino de La Cabaña, con unas condenas de veinte años por barba. Y tú quieres proteger la vida de esa mujer.

—Brac, ¿por qué no dejas de bufar y tratas de ser razonable?

Brac era razonable.

Yo, no.

Contra su deseo, sus palabras me impresionaron. Y me sentí un ser perverso. Mas, por otra parte, persistía en mi conciencia la idea de que estaba obrando bien y que cometeríamos un monstruoso error si sacrificábamos a Lucía.

—Guárdate tus razones —clamó Brac—. David nos ha traicionado por esa mujer. El es tan responsable como ella de las muertes de esos compañeros.

De pronto, sus grises ojos que giraban a todos los rincones, sorprendieron un detalle. Yo no fumo, pero en un cenicero se consumía un cigarrillo con una mancha de carmín. Brac, de tonto no tenía más que el pasaporte.

—Bien; tal vez no hayamos llegado tarde.

Se lanzó a la salida, y los otros, aunque sin enterarse del motivo, fueron tras él. Dejé el jarrón en su sitio y les seguí.

Fue una espectacular carrera.

Yo esperaba que Brac emprendiera una ruta falsa, pero tomó la dirección de aquel refugio de Israel.

Desde luego, las facultades de David estaban rebajadas en grado sumo. ¿Cómo se le ocurriría aquel sitio, que todos conocían?

No tuvimos necesidad de alcanzarlo. Al desembocar en la plaza por su centro, el coche de los enfurecidos miembros del clan, se detuvo en seco. Yo frené de igual modo. En medio del parque se encontraban los tres fugitivos.

David y Lucía efectuaban un curioso baile, contemplados por la reflexiva y un tanto despectiva mirada de Remorino. Y por las asombradas de varias niñeras y viejos que tomaban el sol en los bancos.

No era necesario que explicaran lo que había pasado. Lucía lloraba y forcejeaba por escapar y David la retenía.

De repente, al ver a Brac y a los otros, David la soltó y se la pasó como un balón a Remorino.

Y se dispuso a la lucha.

Yo le hice un gesto con el que le confesaba mi fracaso.

—No creo que tengamos que gastar muchas palabras —habló Brac—. ¡Entrérganos a esa mujer!

—Jamás.

Brac se arrancó de los labios una gruesa maldición y se lanzó contra David. Yo me deslicé junto a Lucía y Remorino. A la primera le alargué un cuchillo, que miró con igual espanto que si fuera una cobra.

—Procura usarlo cuando sea el momento oportuno —aconsejé, aunque no esperaba que lo hiciese.

Brac había alcanzado a David con un golpe en la barbilla. El jefe del grupo, aunque recorrió su cuerpo una sacudida, no se movió. Y resistió otros dos puñetazos más. La sangre formó un pequeño arroyo por los pliegues de su boca.

Pero Brac se había puesto a su alcance, privándole de la ventaja de sus largos brazos.

David le descargó un «jab» al costado y un gancho al saliente y huesudo mentón que detuvieron y enfriaron la ira de su contrincante.

Y se dieron un abrazo, pero no fraterno.

Sus intentos por derribarse les obligaron a girar por aquel sector del parque. Las niñeras se retiraron, gritando, y los viejos fueron a ocupar mejores posiciones.

Brac soltó a David, que fue tropezando hacia atrás, y lo persiguió con una serie de puñetazos tras de cualquiera de los cuales se le iba todo el cuerpo. Pero David, con mayor agilidad, le esquivaba, y le colocó a su vez dos potentes golpes de derecha e izquierda.

En la bella faz de Lucía se extendían, en acometidas cada vez más intensas, ondas que convertían su rostro en una pantalla, televisando de un modo abstracto la lucha. Los demás permanecíamos mudos y quietos. A las niñeras y viejos se habían sumado diversos transeúntes.

—¿Por que no los separan? —inquirió uno junto a mi oído.

—Pruebe usted —repuse—. Hay un premio para quien lo consiga.

Vi entonces brillar en la derecha de Brac la hoja de un cuchillo. Por el gesto que hizo David colegí que no llevaba armas. Arranqué de las manos de Lucía el que le había dejado y se lo arrojé al joven.

—¡Ten, David! —avisé—. David cogió en el aire la vibrante hoja.

La pelea se tornó más dramática con aquel añadido. De nuevo se cogieron con los brazos libres, buscándose con los aceros para herirse, y girando sobre sus piernas. Una mujer chilló y, por contraste, unos niños, se echaron a reír.

Pero todo se resolvió con unos pitidos estridentes y la presentación de varios policías.

La desbandada fue tan rauda que, antes de llegar los agentes sólo quedábamos los dos contendientes y yo. Me lancé sobre Brac y David y les repartí unas cuantas patadas.

—¡Corred, imbéciles! ¡La policía!

Mi empujón y las patadas surtieron el efecto apetecido. David fue el primero en arrojar el cuchillo.

—¡Vamos, Brac!

El gigante dudó un momento y, luego arrojó el arma también y ambos emprendieron una fuga vertiginosa en dirección a los coches.

Yo me quedé para explicarles a los del Precinto que se abstuvieran de meter sus narizotas en aquel caso. Eran tozudos, pero terminaron por comprender que se trataba de una cuestión de «alta política».

La que no comprendí el significado de un guiño que se hicieron fui yo. Y me retiré con la duda de si no me habrían confundido con una Mata Hari huesuda y con pecas.

E

NCONTRE a los miembros de la organización junto a los coches.

Brac y David, en el centro del corro que formaban los otros, se miraban como dos gallos dispuestos a precipitarse el uno contra el otro.

—Una tregua, David —fijó Brac, cediendo—. Es estúpida tu actitud. Te consta que sólo ella puede habernos traicionado.

—Afirma que no. Y la creo.

—Concédeme una cosa. Deja que la interroge yo.

David dudó. Me echó una ojeada y yo asentí.

—Bien —dijo—. Siempre que prometas no hacerle daño.

Brac inclinó la cabeza y la alzó a continuación con una dura sonrisa.

—Conforme.

En aquel momento salió de la casa Remorino.

—¿Y Lucía? —preguntó David—. ¿Está arriba?

—¿Lucía?

Su gesto era suficientemente elocuente.

—¿No está contigo? Ella...

Se puso blanco y como si fuera a desvanecerse. Corrió escaleras arriba. Brac nos miraba con recelo.

—Debió escabullirse cuando vinieron los guardias. Yo no la vi —informó Remorino. Escruté su cara por si estaba mintiendo, pero su desolación era auténtica.

—¡Condenada perra! —David había reaparecido y era a él a quien dirigía el exabrupto Brac—. ¿Y aún dudas?

No se le podía replicar y, por eso, nos callamos, con la humillante sensación, además, de haber sido engañados.

La realidad era que yo no podía explicarles cuál era mi juego, porque me habrían acusado de doblez y con razón. Pero no me había portado a la altura de las circunstancias. Tendría que haber vigilado a la hermosa cubana y no dejar que se esfumara con la rapidez con que un pródigo gasta un billete de veinte dólares.

Los componentes del grupo tuvieron un gesto generoso, empezando por Brac, lo que me reconcilió en cierto modo con él, y fue que no discutieron la jefatura de David.

Bien es verdad que si hubieran comunicado su destitución le habría dado igual. Cayó en un aplanamiento tal con la desaparición

de Lucía, que nos acongojaba a cuantos le veíamos.

Buscó a la fugitiva durante todo aquel día, y cerca de la madrugada se declaró vencido.

Su dolor era tan extraordinario, que mi amargura por no ser capaz de sentir así se elevó a la enésima potencia.

Tan furiosa me puso aquel sentimiento de impotencia que, al cruzarme con Remorino, le di una patada en la parte contraria a su inspiración poética. Me estudió como a un bicho raro, pero fue prudente.

Al día siguiente de la aventura, Brac vino a casa. Sin que yo se lo hubiera pedido, comenzó a relatarme lo sucedido en la isla de los Huesos. Como estaba malhumorada, le corté:

—Ya nos lo dijo Quero.

—Sí, pero Quero...

—El nos puso al corriente de todo. Dijo que os recibieron a tiros en la prisión y que, luego en el barco, cazaron a Bautista y al guardián con los disparos. De ti no sabía nada, pero él pudo echarse al mar y lo recogieron en el «Bahama».

Brac me observó un rato en silencio. Yo me fijaba en la cicatriz de su mejilla izquierda. Una mosca se había parado en ella y se corrió hacia la sien, causándome la impresión de un choque por una carretera que atravesara un páramo.

—Bien —pronunció el desgarrado segundo poniéndose en pie—; me marchó. Haré unas cuantas cosas.

—Procura que una de ellas no sea emborracharte.

—¿Por qué no? Es igual que estar enamorado. Se cometen las mismas tonterías. Lo sé por experiencia.

Salió. Sus palabras me irritaron aún más. Fui al laboratorio.

Remorino trabajaba en la composición de unos carteles en los que se pedía la libertad de Cuba con igual furor que un atracador la cartera de un transeúnte solitario.

David, echado sobre un diván, parecía leer, pero tenía el libro al revés y la vista enredada al cable de la lámpara que pendía del techo.

—No me gustan esos carteles —denunció—. Son innecesariamente agresivos.

—¿Qué pasa? —se sublevó Remorino—. ¿Quieres que pidamos las cosas por favor?

—Quizá fuera un acierto. Se sorprenderían tanto que podría atravesárseles entonces un palo en las bocas.

David nos ignoraba. Me senté en el diván, a su lado, y le quité el libro de delante.

—David, nunca pensé que te amilanases con tanta rapidez. Comportándote así no conseguirás nada, excepto dar facilidades a nuestros enemigos para que nos combatan.

David me examinó en un intento de poner interés en lo que le decía.

—¿Qué quieres que haga?

—Yo no quiero que hagas nada, salvo que vuelvas a vivir y que te ocupes de nuestros asuntos. Ya ves que todos han olvidado la parte que te pudiera caber en lo ocurrido, no obstante ser verdad que tu culpa ha sido tanta como la de ella.

A Remorino se le desprendió de las manos un pincel y, al tiempo que se agachaba para recogerlo, me observó con espanto.

A David le habían herido mis palabras y se sentó en el diván, proyectando los lanzallamas de sus ojos sobre mi persona.

—¿Tú también? —exclamó, parodiando a César.

—Ellos se han portado noblemente contigo, incluso Brac; y es justo que tú les correspondas.

Dije, me levanté y me fui junto a Remorino. David también se había levantado y me siguió.

—¿Pero tú crees que ella nos ha traicionado? —Su voz estaba cargada de trágica ansiedad.

—Eso no importa ahora. Lo cierto es que ha habido una traición y aún no se ha hecho nada para contrarrestarla. Hemos de procurar avisar a todos los hombres que están fuera, variar nuestras claves y hasta los procedimientos de que nos valemos para rescatar prisioneros de Cuba. De lo contrario seremos cazados como los conejos.

Cada una de mis palabras semejaba que inflamaban el ánimo de Peroso.

—Estás en lo cierto —reconoció—. Reuniré a todos esta noche.

No dijo más y se marchó. Remorino fue el que me soltó una larga parrafada poética con cosas así, poco más o menos:

—Hebe, yo no he conocido a Cleopatra, ni a Catalina la Grande, ni a Juana de Arco...

—Yo tampoco.

—No me interrumpas. No las he conocido, mas creo que tu espíritu es superior al de ellas. Podrías gobernar un país mejor que Isabel de Inglaterra o hacer la felicidad de un solo hombre mejor que la filatelia.

Entre otras cosas, Remorino era filatélico.

—¿Quieres que te diga lo que me gustaría ser? —le interpele, acercando mi pecosa cara a la suya.

—Cualquiera de esas mujeres excepcionales que he mencionado.

—¡Y un cuerno! Me gustaría ser madre de doce niños.

—¡Horroroso!

Lo dejé sumergido en aquel horror y entregado a sus carteles propagandísticos.

Aquella noche nos reunimos todos.

El último en llegar fue Brac. Algo le divertía, porque su siempre desagradable rostro estaba contraído con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

David echó un discurso acerca de la necesidad de cambiar la organización. Cuando terminó, todos se manifestaron conformes. Sólo Brac se mostró en desacuerdo.

—Me parece bien, David —expuso—, pero debemos esperar unos días. Es posible que muy pronto tenga en mis manos a quien nos ha traicionado.

David palideció, pero no intentó rebatir aquello. Y así terminó la reunión, sin haberse llegado a nada positivo.

Sin embargo, el ambiente se iba cargando por momentos entre todos los exilados de Miami. Se hablaba de la invasión inminente de la isla y hasta desfilaban por las calles grupos de jóvenes armados.

Yo tenía la impresión de que todo aquello era un carnaval. Suponía que los planes verdaderos de los exilados —y descartaba la intervención de mi gobierno en el asunto— no se airearían en semejante forma.

Pero continuábamos sin saber quiénes actuaban a favor de Castro y cuáles agentes de su flamante D. I. E. R. (Departamento de Inteligencia del Ejército Revolucionario) se habían infiltrado en las filas de los anticastristas.

Pese a la confusión reinante, mi compatriota Brac daba la impresión de estar lo más satisfecho. Nos visitó la tarde siguiente a la reunión.

—¡Es el gran momento! —decía frotándose las manos, gesto inusitado en él—. A poco que se pongan los pies en la isla, se levantarán nuestros partidarios.

—¿Estás seguro? —Opuso Remorino—. Creo que nuestro afán de liberar al país nos ciega un poco. Castro posee mucha fuerza.

—¡Bah, bah! Será un paseo, ya lo verás. Pero nosotros tendremos que trabajar mucho aún para eso. ¿Qué hace David?

Intervine yo con mi habitual rudeza.

—David ya no es el mismo. Espera saber a cada momento que pasa que tú has encontrado a Lucía y la eliminas. Acepta que no puede oponerse, que te acompaña la razón y eso le trastorna y le

incapacita para trabajar.

Nunca había oído reír a Brac. Su risa era extraña, anormal como todo él, y la cicatriz de su cara se encogía y alargaba como un gusano que trepara por una pared.

—¡Qué tontería! —exclamó cuando la risa lo dejó tranquilo—. Antes de lo que él piensa, variará de opinión. Y todo se habrá resuelto.

No le entendí. Y no quise preguntarle a qué se refería. Hablamos de otras cosas. Brac preguntó:

—¿Y los demás? ¿Dónde se encuentran?

—Más tarde se reunirán. David los ha citado.

—¡Ah, bien, bien! Necesito que estén presentes.

Su comportamiento sibilino me irritaba. Pero, como en contra de lo corriente, me hallaba triste por mí misma, no le presté atención.

Estábamos únicamente él, Remorino y yo cuando sonó el timbre del teléfono.

Remorino lo descolgó y se colocó el auricular en el oído. Puso cara de asombro, abrió la boca como si fuera a tragarse el instrumento, pronunció dos o tres «sés», y se volvió a Brac.

—Es Lucía; pregunta por ti.

Inmediatamente tuve la sospecha de que era falso.

—Ten cuidado, Brac —avisó—. Eso es una trampa.

Brac no me dijo nada, pero en la seriedad de su cara estaba declarado igual recelo. Tomó el aparato y se dispuso a oír. Yo me puse a su lado y apliqué la oreja.

Nos llegó una voz que no hubiese podido jurar no fuese la de Lucía, aunque tampoco lo contrario. Era dulce como la suya.

—... Brac... Escuche, soy Lucía. Quiero hablarle... Le contaré todo y así podrá ayudar a David... ¡Oh, por favor, hable!

Brac me dirigió una intrigada mirada y yo hice un gesto de duda.

—Bien; ¿qué es lo que desea? —El sonoro acento de Brac me sobresaltó.

—Ya se lo he dicho. Le diré la verdad.

—¿Dónde se encuentra?

—No muy lejos de ahí. En el muelle cerca del hospital de la Merced, junto al grupo de robles. ¡Venga pronto, por favor!

Y cortó.

Por el clic supe que había utilizado un teléfono público. Nos observamos los tres con incertidumbre.

—Una trampa —insistí—. Lucía hubiese querido hablar con David.

—Nada se pierde con acudir a ése sitio. Es un lugar público —aseguró Brac. Luego pareció dudar, pero se rehízo—. Bien; iré.

No traté de disuadirle. Brac era como un río desbordado cuando deseaba llevar a cabo alguna acción. Pero hice una señal a Remorino y los dos fuimos tras él.

Yo confiaba y temía a la vez lo que pudiera derivarse de la llamada de Lucía. Quizá todo se aclarara. Pero me extrañaba la actitud de Brac, el poco interés que parecía haber puesto en aquello, cuando yo lo suponía deseoso de encontrar a la joven y... ¡estrangularla!

Aquella parte de la ciudad se encontraba casi desierta. Tuve un repeluzno. El sol quebraba sus últimas lanzas en el mar y éste bruñía como un casco de acero.

La explanada de delante del Hospital, con sus filas de robles, causaba una impresión de solemnidad. Brac había detenido el coche a unas cien yardas y caminaba hacia allí. También descendimos Remorino y yo.

Un coche, un Dodge de aletas de tiburón, vino a detenerse entonces a un lado de la plaza, a poca distancia de Brac. La portezuela de su lado derecho se abrió y descendió una mujer. A la distancia que estábamos no podía decir si era Lucía o no, aunque su cuerpo y apostura parecían ser los mismos.

Brac se adelantó hacia ella. Lo vimos llegar con sus largas zancadas hasta donde lo esperaba. Fui yo quien primero se fijó en el rápido movimiento que hizo la mano de la mujer.

—¡Corre! —grité a Remorino—. ¡Lo van a matar!

Tiré de mi compañero hacia el frente, pero en aquel mismo instante sonó una detonación apagada y observamos cómo el cuerpo de Brac se tambaleaba y después caía hacia atrás. La mujer se introdujo en el coche, que arrancó.

Todo ocurrió tan velozmente que Remorino y yo aún no habíamos salido de la posición de adelantarnos.

Los acontecimientos fuerzan a mi cerebro a trabajar a toda presión. No pude retener la matrícula del coche, por la sencilla razón de tenerla cubierta de barro, un truco bastante viejo.

—¡Vamos, Anselmo! ¡De prisa!

A paso de carga llegamos al lugar en que Brac yacía derribado. Una mirada me bastó para darme cuenta de que ninguna ayuda podíamos prestarle.

Sobre su camisa la cazadora de cuero que corrientemente llevaba, estaba abierta, se destacaba la macabra flor de la muerte.

—¡Levantémoslo! —ordené—. Es necesario dar la impresión de

que está borracho.

Aún sin comprender mis intenciones, Remorino obedeció. Algunas personas se acercaban y del Hospital salieron un portero uniformado y dos enfermeros.

Con los brazos de Brac pasados por sobre nuestros cuellos, lo transportamos hacia nuestro coche.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber el portero.

—Está borracho —expliqué, dando a mi entonación la suficiente pastosidad—. Y se ha caído. ¿No lo ve?

Nos miraron con duda, pero pudimos arrastrarlo hasta el Rambler y meterlo dentro.

—Vete tú —indiqué a Remorino— en el coche de Brac. Conviene no dejar indicios.

En la casa se encontraban todos reunidos y volvieron la cabeza para presenciar nuestra entrada.

Remorino se me había reunido y entre los dos pendía fláccidamente Brac, con el trágico penduleo en los brazos de los muñecos que fabrica la Parca.

Y al soltarla y deslizarse al suelo, en aquellas caras que nos miraban se extendió un miedo abyecto, la repugnancia que inspira siempre un cadáver.

VI

E

L primero en romper la capa de hielo que los había inmovilizado, fue David.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué traéis...?

Calló y se acercó al cuerpo de Brac, sobre el que se inclinó. Al incorporarse, contempló a todos y se dirigió a nosotros:

—¿Quién lo ha matado? ¡Pronto!

—Lucía —pronuncié con lentitud aquel nombre mientras estudiaba todos los rostros. No faltaba ninguno—. Lo citó junto al Hospital de la Merced. Nosotros lo seguimos, porque temíamos fuera una trampa y hemos visto cómo disparaba contra él, dándose a la fuga.

Esta vez David no vaciló. Sus ojos llameaban.

—¡Maldita! La destrozaré con mis propias manos... ¿Cómo habéis podido traerlo y por qué?

—Se me ocurrió que no era conveniente que la Policía se tropezara con el cadáver. Ésta es una cuestión que hemos de resolver nosotros. Hemos de actuar rápidamente.

—Sí. Hemos de encontrarla y matarla.

—Sí. Aunque en todo esto hay algo que no logro encajar. No se puede discutir que todo culpa a Lucía, mas parece como si fuera hecho a propósito. Por ejemplo: ¿por qué citar a Brac de forma que nos enteráramos? Ella no ocultó siquiera quién era al ponerse al teléfono Remorino.

—¿Qué es lo que pretendes insinuar? —David me examinaba con curiosidad y cierto anhelo. Los demás con gesto escéptico.

—Brac había cambiado mucho estos días. Cuando Lucía le llamó por teléfono no dio muestras de entusiasmo con la entrevista que acordaron, siendo así que era lo que más deseaba a partir de lo ocurrido en la isla de los Huesos.

—Sospecharía lo que iba a ocurrir —opinó Calderón, el escultor.

—¿Pero no es absurdo que Lucía hubiese revelado lo del rescate en la isla de los Huesos y no obstante permaneciese aquí como si nada fuera a ocurrirle?

Eran preguntas que me dirigía a mí misma, así es que los dejé sin esperar a que me contestaran.

Tenía otras muchas cosas en que ocuparme. Por ejemplo, en la contradicción que suponía la actitud de Brac últimamente.

Era como si hubiera descubierto algo, una cosa tan importante que ya no le interesaba Lucía. Y, sin embargo, ella le había matado, o, por lo menos, le tendió la trampa para que le mataran.

Al día siguiente planteé la cuestión a David. Lo encontré de nuevo aplanado, pero se reanimó al escucharme. Ya había facilitado la tarea de que se enterrara a Brac sin más investigaciones, y lo habían hecho aquella mañana.

—David, quizá Lucía no fuera el traidor que se esconde en la organización. Que alguien puede haberlo dispuesto de forma que se crea así, ya que tal vez fuera el hecho de introducirla en nuestro grupo lo que ha desencadenado la acción directa de esa persona.

—¿Quién?

—Eso es lo que necesitamos descubrir. Pero hemos de maniobrar con astucia. Podemos investigar, primeramente, lo del coche al que Lucía subió el día de mi visita al Departamento.

—Sí. Es lo mejor. Pondré a todos los hombres a esa tarea.

Me insuflé de indignación.

—¡No harás semejante estupidez! ¡Quizá no consigamos nada, pero no debes informar a los demás de nuestras intenciones! Para conocer el paradero de ese coche me basto yo sola. ¿O imaginas que el F. B. I. no sirve para maldita la cosa?

Fui en exceso presuntuosa. Desde luego, una organización como el F. B. I. podía localizar cualquier coche con mayor rapidez que un grupo de personas. En eso confiaba.

Pasé el dato a la oficina. Y al cabo de unas horas me informaron de que tal matrícula pertenecía, en efecto, a un coche... que había sido robado y devuelto el mismo día.

Y no era posible sospechar que se trataba de un truco, porque el propietario resultaba ser un senador y de los que más chillaban pidiendo, como Salomé, que le sirvieran en bandeja la cabeza del primer barbudo de Cuba.

Cabían sorpresas, pero me resigné a no seguir por aquel camino. Lo único bueno era que el coche había sido localizado por la Policía en El Portal, a poca distancia de un manicomio.

¿Habrían internado a Lucía tomándola por una demente?

De repente, tuve una inspiración. El coche se encontró el mismo día del misterioso viaje de la cubana. Por el tiempo que estuvo fuera era preciso colegir que la escapada fue corta. Y el vehículo fue descubierto por la Policía aquella misma tarde.

—Anselmo —solicité del poético individuo—, quiero que me acompañes a un manicomio.

—¡Demonios! Pues, ¿qué ocurre?

—Siento que me estoy enamorando de ti.

Fue lo suficiente para que cerrara los labios como una ostra y me acompañara.

El manicomio se encontraba casi al final de la calle 91 y era un feo edificio de color amarillo, rodeado de un descuidado parque, donde la maleza crecía tan en desorden como las ideas en los cerebros de los ocupantes de la mansión.

—¿Qué buscas ahí? —Abrió la boca Remorino, por fin.

—Busco la persona a quien visitó Lucía el día que la vi subir a un coche y dispararse hacia esta parte de la ciudad.

—¿Y por qué un manicomio?

—Eso es lo que intento adivinar.

La verdad era que únicamente tenía una pequeña sospecha. Iba forjando una teoría, que conciliaría las partes dispersas y en contradicción que hasta aquel momento se habían producido. La presencia de Lucía, su admisión en el grupo, la consiguiente traición en la isla de los Huesos, la muerte de Brac...

Nos dirigimos resueltamente al manicomio. A la llamada que hicimos en la puerta principal acudió un individuo alto, de faz ceñuda, con un corto batín blanco y los fuertes brazos al descubierto.

—Queremos ver al director —expuse—. Para una consulta.

El malencarado tipo nos estudió unos segundos. Y se decidió a abrir.

Confieso que no las tenía todas conmigo conforme avanzábamos por una enarenada senda.

No sé qué mil diablos poseen los sanatorios de alienados que hasta el aire es distinto e infunde malestar. Vimos a una o dos personas por entre los árboles, paseando apaciblemente.

Por dentro, el caserón era aún más impresionante. Largos corredores a los que daban puertas aseguradas por gruesas barras. No se oía el más leve ruido y aquello era más terrible que si hubieran resonado los aullidos de cien locos.

Por suerte, el despacho del director era una pieza acogedora. Muebles claros, algunos paisajes alegres colgados de las paredes y unos floreros donde se morían dulcemente unos gladiolos.

De detrás de una monumental mesa ovalada se alzó un hombre alto, de cráneo en punta, afilado, ojos grises, penetrantes, y labios finos, el inferior asomando un leve pico, lo que producía la impresión de que iba a chupar el jugo intelectual de sus visitas.

Hice mi presentación y la de mi compañero. Y pasé a describir mi intención.

—Doctor, hará cosa de una semana que una mujer...

Procuré hacerle un fiel retrato de Lucía. No hubo la menor variación en su aspecto.

—... debió entrar aquí para ver a algún paciente. La verdad es que no estoy segura de ello, pero...

Caminaba a ciegas y no me asombró obtener la más rotunda negativa. Cariatocida salí del lugar donde no me extrañaría que algún día me tuvieran que internar.

Fuera ya del parque y antes de penetrar en el Rambler, Remorino se me plantó delante.

—¿Puedes explicarme ahora qué vena te hizo venir aquí y preguntar si Lucía estuvo?

—Pues tengo la idea de que todo ocurrió como sigue —expliqué—. Los enemigos de David se enteraron de que Lucía había venido a engrosar el grupo. Entonces ejercieron presión sobre ella. ¿Comprendes? Para lo cual era preciso que tuvieran algo en su poder, un medio de obligarla.

—¿Y tú supusiste que era algún pariente internado en ese sitio?

Meneé la cabeza negativamente.

—No. Lo del manicomio confieso que ha sido una corazonada. Pensé que era el sitio ideal para traer una persona a la fuerza sin que nadie se preocupara. Pero ya me doy cuenta de que era algo traído por los pelos.

—Pero si como tú dices, Lucía se ha visto obligada a traicionarnos y la tienen con ellos a la fuerza...

Por la expresión de Remorino comprendí que la cosa no estaba en absoluto clara.

Desde luego, sumando detalles, se podía aceptar que la hermosa refugiada era un instrumento en manos de los enemigos. Eso explicaría el absurdo de que, después de la traición, continuara a nuestro lado. Y su desaparición y la llamada que hizo para citar a Brac.

Con un encogimiento de hombros fui a meterme dentro del coche. Remorino dobló igualmente el espinazo, pero ambos nos detuvimos porque alguien se aproximaba corriendo hacia donde estábamos.

Procedía del manicomio, más por su traje y aspecto no parecía pertenecer a la categoría de paciente.

Alto, esbelto, de cabello castaño liso, ojos grandes, pardos, y perfecto óvalo de la cara. Embutido en una traje fresco, verdoso, y con camisa de seda blanca, corbata también de seda, roja y verde, y zapatos de ante.

—Esperen... —jadeó—. Ustedes son quienes han preguntado por Lucía Bernon.

—Sí —declaré—. Y esperé, curiosa.

—He de decirles algo. Lucía, en efecto, estuvo en el sanatorio el día que dicen. Vino a entrevistarse conmigo.

Remorino y yo quedamos como galvanizados. Por fin, pisábamos terreno firme.

—Oiga —decidí—. ¿Por qué no sube con nosotros al coche y vamos a un sitio tranquilo donde podamos hablar de eso?

El pareció dudar un instante. Miró a su alrededor como si temiera que le estuvieran espiando.

—Bueno —concedió—. Podemos ir a un bar en la curva del río. Es un sitio tranquilo y el dueño me conoce.

No opuse nada a semejante proposición y el hombre subió al coche con nosotros.

El bar estaba, efectivamente, en la orilla del pequeño río, en un paraje donde abunda el arbolado y poseía una terraza al exterior. Pero el misterioso destinatario de Lucía prefirió que nos metiéramos dentro, en un reservado.

Yo lo olisqueé con suspicacia, pues trascendía de él un tufillo de cita galante que no me gustaba mucho.

El dueño, un tal Tomás, hombre gordo y colorado, nos colocó delante una botella de *whisky* y me dedicó una sonrisa equívoca.

—Bueno; desembuche —adopté un tono típicamente policíaco—. ¿Qué tiene que ver usted con Lucía y por qué fue a verle?

—Lucía —el atildado sujeto dejó escapar un suspiro— y yo somos prometidos. Mi nombre es Carlos Borgote. Nos conocimos en la infancia y, desde entonces, se puede decir que nos amamos.

Tuve un escalofrío. La tal Lucía resultaba una quemacorazones de primera clase. ¿Sabría el tal Borgote lo de ella y David Peroso?

—Yo salí de Cuba hará cosa de un año —continuó su explicación—: Soy médico y me coloqué en ese sanatorio, ya que mi rama es la psiquiatría. Mantuve correspondencia con Lucía, quien me anunció, al fin, que iba a reunirse conmigo.

Hizo una pausa, exhaló otro suspiro y sacó una pitillera, pieza casi de museo, que me tendió. Rehusé, pero Remorino tomó un cigarrillo.

Yo me había fijado en que mi compañero, desde que se nos acercó aquel figurín, tenía la mano metida en el bolsillo y la presionaba queriendo demostrar que empuñaba una pistola. Estuve tentada de reírme.

—Pero habían ocurrido muchas cosas mientras —prosiguió

Borgote—. Yo me había visto coaccionado por algunos grupos aquí. Y estúpidamente, revelé que Lucía iba a llegar a Miami. Entonces...

En la puerta del reservado aparecieron tres hombres. Rostros patibularios, mirar atravesado y ademanes de chulos. Penetraron con la incontenible fuerza de una riada y, sin previa declaración de hostilidades, el más cercano a mí me barbilleó. Le largué una bofetada.

Entonces otro de ellos señaló al médico y grazno:

—¡Ése es, muchachos!

Se arrojaron contra nosotros. No tuve tiempo de asombrarme al ver que Remorino extraía una pistola del bolsillo en que yo supuse no hacía sino fingir que la llevaba.

Hizo dos disparos sin acertar y de un golpe se la desprendieron de la mano. Dos se dedicaron a continuación con exclusividad a nosotros y el tercero aprovechó para descargarle un tremendo puñetazo al médico.

Borgote cayó como un abrigo que se desprende de un perchero y su verdugo se lo colocó bajo el brazo como un paquete, apresurándose a salir.

Remorino repartía puñetazos con el coraje y la impericia más patéticos, recibiendo una paliza de la que tendría que guardar cama varios días.

He de reconocer que mi contrario no hacía otro tanto conmigo, pero se esforzaba por sujetarme. Mi cuerpo de contorsionista jugó un papel admirable.

Saltaba a los lados, pasaba por encima de las mesas, me escurría por los sitios más insospechados y no dejaba de pegar, arañar y morder. Tuve la desgracia de tropezar con una silla derribada.

El resultado fue que el hombre se cansó y no quiso desperdiciar la ocasión. Me aplicó su puño, contundente como una maza de la Edad Media, en la barbilla...

Al abrir los ojos esperaba encontrarme con la venerable faz de San Pedro, pues siempre he sido muy devota, pero era Remorino quien me contemplaba con una solicitud enternecedora.

—¡Vamos, Hebe! No está bien que duermas tanto.

—¿Ha sido un sueño entonces?

No tuvo que aclarármelo porque al hablar se me despertó por completo la sensibilidad del cuerpo y me llegó un agudo dolor del maxilar inferior. Me senté —y comprobé que estaba en el diván de la sala de nuestro cuartel general— y hube de sujetarme la cabeza con las dos manos.

—¿Cómo estoy aquí?

—Bueno... —Remorino comenzó a dudar—. Fui yo quien te traje.

—¿Pero qué ocurrió después de...?

—Al ver que te pegaba aquel tipo; perdí el dominio de mis nervios, alcé una silla y rae arrojé contra ellos que, al darse cuenta de lo que se les venía encima, salieron huyendo.

Yo me acordaba de en qué situación se encontraba Remorino cuando me dejaron «knockout» y me resistí a creer cierta su versión. Mas era indudable que se preocupaba por mí más que por él, que presentaba los estragos que la lucha había dejado en su persona.

Eso me conmovió en forma extraña. Me fijé con pena en el cerco morado que rodeaba sus ojos, lacrimosos, y en la nariz tumefacta. Un asco.

—¡Eres admirable, Anselmo! —pronuncié con entusiasmo.

Y le besé. Lanzó un alarido, porque tenía un labio partido. Y yo me puse a reír como una loca.

VII

I

NTERRUMPIO la tirante escena la presencia de David. Una luz nueva brillaba en sus ojos y se mostraba con su arrogancia habitual.

—Me alegro que ya estés bien, Hebe —saludó—. Y me alegro doblemente porque has logrado demostrar que Lucía es inocente.

—¿Por qué estás tan seguro?

Mi pregunta le desconcertó un poco. Pero en seguida se echó a reír.

—Anselmo me ha contado lo que pasó —dijo—. Está claro que forzaron a Lucía para que les contase, bajo amenazas de hacerle algo a su prometido, lo de nuestra expedición a la isla de los Huesos. Luego, al aparecer Brac, tenían que quitarla de en medio para continuar con el engaño. Pero tu idea de ir a ese manicomio...

La verdad era que no sonaba mal. Pero no en balde yo tenía el instinto de sabueso muy desarrollado.

—David —le corté—, la traición de la isla de los Huesos no pudo ser obra de Lucía.

—¿Eh? ¿Qué mil diablos insinúas?

Remorino también me observaba con los ojos dilatados por el estupor.

—Cuanto más pienso en ello, más me confirmo en mi idea —afirmé—. A Lucía no le hicieron confesar nada. Ese Borgote, su prometido, o lo que sea, no tuvo ocasión de decírnoslo, pero estoy segura de que se limitaron a llevar a Lucía hacia el sitio aquel y retenerla un cierto tiempo, sólo para que, una vez la traición descubierta, se sospechase de ella.

—¡Pero eso es absurdo!

—No; al contrario. Eso es lo que encaja perfectamente en el comportamiento de ella aquel día y los siguientes. ¿No lo comprendes? Si Lucía hubiera revelado nuestros planes, no habría sido capaz de fingir delante de ti. Y se hubiera apartado de tu lado.

—Pero, entonces...

—La cosa está clara. Su presencia en nuestro grupo determinó al verdadero traidor a actuar con entera impunidad, en tanto que situaba los hechos de forma que todo acusara a Lucía. ¡Y ese traidor continúa entre nosotros, David!

David no era tonto y supo entenderme. A Remorino le costó algo más, pero también admitió mi razón.

—Claro —reflexionó David—. Por eso robaron el coche. Supondrían que nosotros vigilábamos a Lucía.

—Eso es. Fue una casualidad que yo la sorprendiera cuando la metieron en aquel coche, pero sirvió perfectamente a los fines que pretendían. Crearon un aparente traidor para que el verdadero no tuviera molestias en su trabajo. Y eso fue lo que descubrió Brac y por lo que le mataron.

—¡Cuernos! —dejó escapar Remorino—. ¿Cómo vamos a hacer para descubrir a quien... a quien...?

Cuando se tiene conciencia de que entre un grupo que se supone de camaradas, fusionados por un ideal y una labor común, se ha introducido un elemento extraño, amenazador, se experimenta igual repulsión que al descubrir una alimaña entre las ropas del lecho donde se ha dormido.

En el caso de Lucía era distinto, porque desde el primer momento se originó hacia ella una corriente de hostilidad y no terminó nunca de ser compañera en el estricto sentido de la palabra.

Yo aprecié los sentimientos que conturbaban los ánimos de David y Remorino, más fuertemente en este último, ya que el primero, por ser el jefe, poseía una relación distinta con el grupo.

—Está bien —resolvió David, arrancándose de la viscosa paralización que le sobrecogía—. Reuniré esta tarde a cuántos encontremos en Miami.

—¿Qué piensas hacer?

Me examinó algo desvariadamente.

—Descubriremos a quien sea el traidor —deshizo entre los dientes la palabra—. Lo más seguro es que su pretensión sea descubrir la relación de los miembros de la organización que actúan en el interior de Cuba y que son las piezas para cualquier subversión que se origine. Únicamente yo tengo en mi poder esa relación.

Añadió tras un ligero titubeo:

—Esta tarde la tendrán todos.

No quiso explicar más, pero yo creí interpretar bien su pensamiento. Iba a poner en manos de todos unas relaciones falsas, en sobres sellados y lacrados, de forma que el traidor no tuviera otro remedio, al querer apoderarse de tan valiosa información, que declarar su presencia.

Y aquello fue. En la sala se congregaron todos los miembros que habían participado en las últimas operaciones. Quero. Carrasco, Zambero, un tal Valverde, Remorino y yo, aparte de David, claro.

—Yo hacía ejercicios con mi mandíbula dolorida y Remorino miraba a todos atentamente, tratando de descubrir al Judas. David hablaba con perfecta naturalidad.

—... esta relación de nombres y lugares la he tenido yo hasta ahora, por creer que así estaban más seguros. Sin embargo, los acontecimientos últimos y la inminencia de alguna acción decisiva para nuestro país, me hacen temer que no sea la medida tan prudente. He decidido, pues, hacer varios duplicados y entregároslos, para que, en cualquier momento, podáis entrar en contacto con ellos... siempre que yo falte. Mas, hasta ese momento, para garantía vuestra y de esos hombres que exponen su vida confundidos con el enemigo, los sobres en que se guarden las copias estarán sellados y lacrados.

Contemplé, fascinada, la operación de distribuir los tales sobres, que únicamente Remorino y yo sabíamos que contenían una larga serie de nombres y lugares falsos.

Posiblemente el traidor sospechara que era una trampa pero no le quedaría otro remedio, en la duda, que actuar. Para los demás, la posesión del sobre sellado y lacrado, constituía la prueba de su lealtad.

David trazó, a continuación, el plan para algunas operaciones, dio instrucciones a varios de los miembros del grupo y, por fin, se marcharon.

Al quedar solos, Remorino dio volumen a su pensamiento y se hizo audible.

—Es diabólico lo que has hecho, David. El traidor, quien sea, padecerá a partir de este momento la mayor tortura... si es que no sospecha la falsedad de esa lista.

—Es igual. No puede arriesgarse a que sea cierta. He colocado en sus manos la posibilidad de terminar con todos los enemigos —o la mayor y mejor parte de ellos— de Castro dentro de Cuba.

—Lo que significa que su actuación en este caso ha de ser definitiva —resumió Remorino.

Dejé el coche en un estacionamiento vigilado. Debemos estar prevenidos para que no intente acabar con nosotros también.

Sus palabras crearon en mi interior la inquietud. Remorino había puesto el dedo sobre el resorte preciso. A partir de aquel momento todos nos encontraríamos como suspendidos de un delgado cable sobre el abismo.

Por si las moscas, dispuesta a que no me pasaportaran sin por lo menos haber intervenido yo en la elección del pasaje, me hice con mí «Magnum», regalo de un agente del Intelligence Service inglés

cuando me encontraba en la academia.

He de reconocer que actué de la forma más equivocada posible. Yo tenía una idea clara, precisa, de quién podía ser el traidor y tendría que haberme adelantado a él.

Pero deseaba cogerlo en plena faena, cuando no cupiera la menor duda de su culpabilidad. Y ahí fallé estrepitosamente. Porque confié en que se movería en la dirección que le habíamos señalado, o sea apoderándose del sobre de que se le hizo entrega.

El caso es que fui a mi oficina primeramente y escribí un informe detallado de los últimos acontecimientos.

Al salir, decidí pulsar el ambiente entre los otros exilados e hice un recorrido por la calle Flager y sus bares, lugar donde solían concurrir.

Pasé el río y fui hacia el extremo. Conocía un bar, en una callejuela de las existentes entre las avenidas 17 y 27 al que iban con frecuencia los más caracterizados representantes del movimiento anticastrista.

Dejé el coche en un estacionamiento vigilado y fui a pie por la 22 Avenida hasta torcer por la calle Dos, donde se hallaba aquel bar. Pero al cruzar por delante de un cafetucho sentí que me chistaban.

En la puerta se encontraba Calderón, el escultor, y me hacía señas con la mano.

Me alegré de verlo. Era un tipo extraordinario aquel hombre, de estatura menor que la normal y rostro triangular donde los músculos hacían grandes pliegues. Ojillos penetrantes, negros, como dos hormigas saliendo del hormiguero y pelo erizado con una prolongación que escindía la ancha frente.

Estaba borracho casi siempre y sus momentos de serenidad los dedicaba afanosamente a procurarse dinero para beber. Y únicamente esculpía cuando su estado de embriaguez alcanzaba el máximo, obteniendo las más extrañas composiciones escultóricas. Y dentro de la organización era uno de los elementos más entusiastas.

—¡Eh, Hebe! —Proyectó su alcohólico aliento hacía mi cara—. Entra a tomar un vasito.

Acepté, complacida. El interior de aquel café proclamaba el triunfo de las moscas sobre las personas y los objetos. Quizá el estar alumbrado su interior por una luz sin fuerza contribuyera a crear la impresión de que todo estaba formado por moscas, unas vivas, otras muertas.

—Siempre vengo aquí —habló Calderón—. Es un sitio tranquilo. Pocos elementos. Cuando estoy suficientemente bebido me marchó

al estudio.

Fue en aquel momento cuando me asaltó un súbito temor.

—Calderón —expresé con intensidad—, debieras tener cuidado. Si alguien se entera de que posees ese sobre, quizá desee arrebatártelo.

—¿Qué sobre? —Se había olvidado de que lo llevaba. Lo miré, asombrada y rectificó:

—¡Ah, sí! No hay cuidado. Y no creas que lo llevaré mucho.

—Yo puedo ocultarlo mejor que nadie. Construiré para él una escultura, la de un Mercurio que, en lugar de alas en los pies, vaya subido sobre un cohete dirigido. A nadie se le puede ocurrir que esté dentro de Mercurio, aunque fue el correo de los dioses.

Calderón rió su ocurrencia y yo asentí, porque la idea era buena. Me disponía a sorber, con suspicacia, el contenido de mi vaso, cuando observé unas caras pegadas al sucio cristal de la ventana.

Una de ellas la reconocí como la del hombre que me durmió empleando el narcótico de su puño. Por la dirección de su mirada, deduje que no me había visto aún y que su interés se centraba en el escultor, que estaba de costado.

Me tragué el *whisky* de un trago y me levanté, volviéndome de espaldas.

—Voy a...

Me dirigí a los lavabos.

Y me quedé en la puerta observando.

Saqué del bolsillo del chaquetón que me había puesto, la pistola, que tan previsoriamente cogí, y le quité el seguro.

Calderón balanceaba su cabeza aspirando los efluvios del vaso. Levantó la mirada al oír los pasos de los hombres que se aproximaban y quedó inmóvil contemplando a los tres individuos que lo examinaban amenazadoramente.

—No es posible que esté tan borracho —musitó el escultor, absorto—. Debe ser cierto que delante de mí se encuentran tres representantes de la fauna intertropical.

—Escucha, enanito de los bosques —pronunció el que parecía el jefe de aquel terceto y que fue el que me dejó fuera de combate—. Aflójanos lo que llesves encima, excepto el vino que te has tomado.

—Pues fuera de eso, lo demás es aire todo, macaco.

Con un rápido movimiento de los dos que permanecían en silencio se colocaron a los lados de Calderón y, mientras uno lo sujetaba presionándole los brazos contra el asiento, el segundo lo registraba. Le sacó el sobre famoso y se lo tendió al cabecilla.

—¿Es eso?

—Sí; podéis soltarlo.

Era lo que yo estaba esperando. Surgí de mi escondrijo, me deslicé hasta situarme entre la salida y donde ellos se encontraban, y llamé la atención sobre mi persona.

—Unas palabras, amigos —reclamé.

Se volvieron dándome frente. El jefe dejó rodar una maldición que hizo diana muy cerca de mis antecesores y efectuó el ademán de lanzarse hacia adelante.

—¡Quieto!

Marqué la palabra con un movimiento expresivo de la pistola.

—Y no presumas de que no voy a disparar.

—De lo contrario es de lo que estaría seguro —reconoció el hombre con amargura—. ¿Por qué he de encontrármela siempre?

—Quizá estemos destinados a ser uno para el otro —le contesté—. Calderón, sal de ese sitio y pídele al camarero algo que corte y que pinche.

Calderón quiso obedecer, pero se reveló que el vino produce efectos engañosos.

Era una solemne majadería atravesar por delante de los tres individuos a quienes yo amenazaba con la pistola, porque eso les daría ocasión para actuar.

Calderón cometió aquel error e, inmediatamente, se desencadenó una contienda que aún me estremece al recordarla.

Mi golpeador saltó a un lado y, extrajo una automática tan negra como su conciencia. Calderón se vino al suelo de bruces, lo que salvó el pellejo de vino que constituía su envoltura.

Los otros dos se dispersaron hacia los rincones, mientras manipulaban en sus bolsillos, tratando de sacar la artillería.

Yo disparé hacia los tres puntos cardinales que se me presentaban. Oí un grito y, en aquel instante, el dueño del local, dispuesto a hacerse invisible por algún procedimiento, apagó la luz.

Mi posición era la más comprometida por estar recortándome contra la claridad que provenía de la calle. Me apresuré a hundirme en la oscuridad.

Varios disparos atronaron y del fondo llegó un ruido de cristales y, después, el caer de un chorro. Me imaginé la angustia, por causas distintas, que experimentarían Calderón y el dueño del cafetucho.

Una sombra pasó velozmente por delante de la puerta. Hice fuego y me deslicé hacia otro lado para no señalar mi presencia. Pero tuve que admitir mi fallo en la puntería. Y otra sombra cruzó a igual velocidad, seguida de mi disparo, que tampoco acertó.

Durante varios segundos, todo quedó en silencio. El dueño debió

pensar que todos los combatientes habían muerto y que su establecimiento era un depósito de cadáveres, y se apresuró a encender.

Calderón continuaba tendido en tierra, con la nariz atrapada en una ranura del maderamen. Junto al mostrador estaba el hombre a quien yo había herido.

Me dirigí al propietario que me contempló con los ojos increíblemente abiertos por el espanto.

—Oiga: la Policía se presentará aquí dentro de unos instantes. No se meta en líos y deje que yo arregle el asunto. Mientras, ayúdeme a introducir a este hombre en los lavabos para curarle un poco.

Me acerqué a Calderón y le empujé con el pie.

—Vamos, levántese. Tenemos que abandonar este sitio en seguida.

Entre el dueño, el camarero y yo, transportamos al herido al interior. Había perdido el conocimiento, pero la herida aparentaba no ser importante.

La bala le había trazado un camino para los piojos en el pelo, pero sin túneles.

Como me esperaba, la Policía hizo acto de presencia casi en seguida.

Tuve las explicaciones pertinentes con los agentes y, a continuación, empujé fuera del café al prisionero.

Llamé un taxi y le hice entrar. Calderón se dejó caer a mi lado, todavía no lo suficientemente sereno para darse cuenta de lo que había ocurrido.

VIII

R

EMORINO estaba de regreso y silbó ponderativamente al vernos entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado—. ¿Quién es ese hombre?

Yo, sin contestarle, llevé el prisionero a la habitación de David y le obligué a sentarse en la cama.

—Cierra la puerta —pedí a Remorino, pues él y Calderón nos habían seguido. Cuando lo hubo hecho, pasé a narrarle lo ocurrido.

—Quien sea el traidor entre nosotros —expliqué— es demasiado listo. Robándole el sobre a cualquiera de los otros que lo tenían evitaba el usar el suyo y quedaba a cubierto de toda sospecha. Mas por una casualidad le ha salido mal el asunto.

—¡Pero se han llevado el sobre! —gimió Calderón, a quien le temblaban las manos, no sé si por efecto del miedo o por el alcohol.

—Eso no importa —lo tranquilicé—. Lo interesante es que tenemos a quien puede proporcionar el descubrimiento de lo que vamos buscando.

—Así sea —salmodió Calderón.

—¿Esperaremos a David para interrogarlo? —inquirió Remorino.

—Sí. Es preciso que él oiga lo que tenga que decir.

Miré al hombre que habíamos atrapado y por vez primera recogí el detalle de que era muy joven, casi un niño, pese a su corpulencia y desarrollo muscular. Conservaba una actitud sombría huraña.

Pensaba ya iniciar el interrogatorio aunque sólo fuera para conocer su identidad, cuando me alertaron unos pesados pasos que retumbaron en la estancia de fuera. Remorino, Calderón y yo nos miramos con recelo.

—Será David... —susurro Remorino, pero la expresión de su cara decía lo contrario.

Empuñé con más fuerza la pistola. Remorino hizo otro tanto con la suya y Calderón fue a situarse detrás de la puerta, enarbolando un grueso tomo con los discursos electores del partido republicano, ejemplar sumamente pesado y con cantos dorados.

La puerta se abrió de golpe, pues no estaba echado el pestillo, y vimos a Quero enmarcado en ella.

Se adelantó sonriendo, pero yo conocía desde hacía tiempo la verdad, aquella verdad intuita que adquiriría entonces su evidencia.

Porque fue cuando Brac comenzó a contarme el suceso de la isla

de los Huesos y yo le corté para decirle que Quero ya nos lo había relatado, cuando el segundo de la organización cambió su actitud.

—¿Por qué os escondéis aquí? —preguntó Quero.

Fue un error dejarle avanzar tanto.

Calderón, que no podía sospechar la verdad, había salido de su puesto, y Remorino vacilaba hasta que terminó por bajar la pistola. Únicamente yo quise retroceder y grité:

—¡No te acerques, Quero!

El se tiró contra mí, me golpeó en el brazo y aunque disparé, la bala se clavó en el suelo y la pistola se me escapó de la mano.

El prisionero dio un salto y se lanzó sobre Remorino, sujetándolo. Otros dos hombres, los mismos que huyeron del cafetucho, se presentaron.

Quero me redujo con facilidad y me empujó junto a mis dos compañeros, también sometida y bajo la amenaza de las armas que empuñaban los dos tipos entrados últimamente.

—Muy lista, Hebe —aprobó Quero y lo cierto era que me contemplaba sin rencor—. Siento que hayas descubierto mi juego, pero no me quedaba otro remedio.

—Hace tiempo que lo sabía —dije.

—También es verdad, aunque no estabas segura de ello. La organización está acabada, pues poseemos la relación de todos los hombres que actúan dentro de Cuba.

—No eres tan listo como imaginas, Quero —me burlé—. Esa relación está sacada de una vieja lista de subscriptores de «Bohemia» y has caído en la trampa con la inocencia de un cachorro. Es ahora cuando la organización está más fuerte que nunca, porque ya hemos descubierto al espía que actuaba dentro de ella.

Quero hacía gestos y guiños, siguiendo el orden de mis palabras. Hasta que obtuvo la confirmación de que no le mentía.

—¡Si eso es cierto...! —bramó.

—¡Qué candidez la tuya! —Di vueltas al torniquete—. ¿De veras creías que íbamos a poner en tus manos la auténtica relación de los hombres que trabajan para nosotros?

Remorino me miraba y miraba a Quero con el anhelo de que todo fuera una pesadilla. Por el estilo del escultor.

Quero se apartó de allí, pasó a la otra habitación y le oímos registrar por todas partes. Me permití lanzar una carcajada que debió picarle en el cuello como una avispa.

Derribó los muebles y durante un rato se dedicó a un saqueo concienzudo. Al reaparecer, los ojos le brillaban como dos trozos de

antracita en un fogón.

—¿Qué sucedería si os matase a los tres?

Hizo aquella pregunta capciosa con un acento que presagiaba que podía llevarlo a efecto.

—Pues de vosotros depende que no ocurra. ¿Dónde guarda David esa relación?

—No lo sabemos —confesé—. Era verdad, porque David llevaba aquello en el más absoluto secreto. —Si lo supiera, tampoco te lo diría.

—Puedo obligarte. Es algo que me repugna, pero te martirizaré hasta que «cantes».

—Si quieres emplear la tortura adecuada, oblígame a contemplar tu cara durante una hora.

Mi heroísmo estaba haciendo sudar a Remorino. En cuanto al escultor, el signo de lo horriblemente asustado que se hallaba era su parecido con una de sus producciones en yeso.

Quero se adelantó y yo, sin más, le apliqué una patada arrancando de su garganta un pavoroso aullido. Se me vino encima como una máquina estropeada de fabricar bofetadas que me repartió por mi pecosa cara con equidad.

Me enganché con los dientes de su brazo y mordí con la furia de una garduña hambrienta. Me dejó caer el puño del otro lado varias veces sobre la cabeza hasta aturdirme y padecer un desvanecimiento, pero no solté el bocado.

Mi exasperada combatividad arrastró a mis compañeros. Fue Calderón el que inició el combate.

—¡Maldito seas, Quero! —barbotó y se precipitó contra él, empleando la cabeza como un ariete.

Un disparo.

Calderón se sujetó el pecho con las manos, lanzó un gemido y cayó de rodillas.

Remorino se movió entonces y en un alarde de insensatez fue hacia los tres esbirros con la cabeza baja y las intenciones de un carnero morueco.

Yo había soltado a mi presa y caído al suelo. Desde allí pude ver como el que hacía de jefe de la partida, aparte de Quero, abatía su pistola sobre el cráneo de Anselmo, que se desplomó, perdido su interés por las cosas terrenas.

—¡Rápido! —ordenó Quero, sujetándose el antebrazo en que yo le había mordido y del que manaba sangre—. Salgamos de aquí, pero tú vendrás con nosotros.

—Esto te valdrá ser despedazado, Quero —advertí.

Una terrible amargura llenaba mi pecho. Comprendía el fallo que había cometido, mi imprudencia, que tan trágico resultado arrojaba.

De Remorino no podía saber la importancia del golpe, pero Calderón era indudable que estaba muerto. Su quietud, el escorzo de su cuerpo, eran signos suficientes.

Cruzamos la sala donde solíamos reunirnos. Miré con tristeza aquel lugar y con una rabia poderosa al traidor que había causado tanto estrago. ¡Qué estúpidos habíamos sido!

De todos modos no podemos culparnos por entero, puesto que fue Brac quien lo supo y debió decirlo.

Estaba claro lo que sucedió. Quero iría con ellos en la isla de los Huesos hasta la prisión y a partir de entonces desaparecería. La herida que le hicieron le sirvió para dar mayor realismo a su historia.

Por ello, Brac quiso interrumpirme cuando le traspasé lo que el traidor nos había dicho. No pudo estar en el barco cuando fueron atacados, lo que demostraba que su conocimiento de lo ocurrido provenía del otro campo.

Salimos a la calle.

Frente a la casa estaba parada una furgoneta azul y allí nos metimos. Me situaron entre Quero y su lugarteniente. Otro se puso al volante y emprendimos el viaje.

—Es estúpido lo que haces, Quero —quise polemizar—. No solamente David dará contigo, sino que el F. B. I., te perseguirá...

Una sonrisa curvó los labios de Quero.

—No seas tonta, Hebe. Tú misma te has metido en la trampa —declaró—. Tú y tu sucio F. B. I., habéis querido jugar una partida de caballeros... escondiéndos una carta en la manga. Esa carta la tengo yo. Estoy bien enterado de que el F. B. I., no te buscará hasta que no reciba uno de tus huesos con una tarjeta nuestra.

El coche siguió rodando, salió de la vía principal y se introdujo por un camino secundario.

Durante casi una hora los faros fueron alumbrando campos sembrados, campos de maíz. Luego, empezó el bosque. Una nueva desviación, y fuimos a detenernos frente a la verja de un extenso parque.

Nos franquearon la entrada y pronto recorriamos una amplia avenida entre palmeras y plátanos. Por último, hicimos alto frente a una vieja casa de estilo washingtoniano, o sea de un neoclasicismo rupestre.

Quero me condujo directamente a la planta alta. Me hizo atravesar un pasillo del que colgaban cuadros reproduciendo varias

generaciones de sinvergüenzas, hasta entrar en una habitación espaciosa, decorada con muebles viejos y más cuadros.

Y no me llevé sorpresa alguna al encontrar en ella a Lucía, porque lo esperaba. No una Lucía prisionera, sino al jefe de todo aquel grupo anticastrista.

—Hola, Hebe —saludó.

No contesté.

No sentía ninguna satisfacción porque se hubiera confirmado lo que había conjeturado en el parque. Y si me había callado era por no descorazonar a David y que la organización se perdiera por completo.

—Veo que no te sorprende el encontrarme —habló Lucía. Me observaba con sus ojos verdes, afectuosos, pero que yo sabía tan falsos como dos charcas de agua pantanosa—. Eres muy lista. Hebe, pero esperaste demasiado tiempo.

—David acabará contigo.

Dije aquello en la convicción de que le haría daño. Me examinó en silencio y una sombra de tristeza se extendió por su bello rostro. Su continente no había variado, aunque ya no estaba tan sonriente como en nuestra compañía.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó, señalándome un asiento.

Quero maniobraba en un mueble bar y sacó una botella de licor y colocó unas copas ante nosotras. Después, salió, mostrando una excesiva confianza al dejarnos solas.

—Era un proceso de lo más simple —dije como si explicase la cosa más natural del mundo. Quero se atrevió a llevar a efecto lo de la isla de los Huesos cuando tú estabas en el grupo. Antes tuvo otras muchas ocasiones, pero no se aventuró. Hubiera sido completamente estúpido que tú fueras la causante del suceso con tan poco tiempo como llevabas en nuestra compañía. Lo lógico era imaginar que tu objetivo no podía ser descubierto tan pronto, Ergo, se trataba de que aparecieses como culpable y eso únicamente podía ser para que alguien del grupo actuara en la impunidad.

—Pero no veo...

—Cometiste un error, Lucía, aquel día que te vi meterte en un coche y partir para el norte de la ciudad. Tú suponías que, por ser yo el agente del F. B. I., quizá habría puesto a algunos de mis compañeros para que te siguieran y no quisiste correr el riesgo de que se siguiera la pista de tus compañeros. Pero con eso señalaste rotundamente tu culpabilidad.

—No lo comprendo.

—Tu idea era que se supiera que habías estado fuera, en un viaje

sin explicaciones, lo que se relacionaría en seguida con la traición, pero no aparecer como forzada a ir con los enemigos de David, porque esa culpabilidad se derrumbaría, y Quero se encontraría en peligro. Por el mismo motivo, te limitaste a visitar a tu antiguo novio, un tonto que os había servido para vuestros fines. Pero el detalle del coche robado probaba tu conocimiento de que podías ser seguida y tu completo acuerdo con los autores del robo...

Lucía no me replicó, aunque una leve sonrisa curvó sus carnosos y bien modelados labios.

Yo estaba agotada por el esfuerzo deductivo, que de nada me servía, puesto que estaba en sus manos. Me desconcertaba la actitud de Lucía. Se puso en pie, agitada, y paseó por el cuarto.

—¿Por qué tendrá que ser así? —La oí monologar—. Que deseando amar sea el odio quien nos empuje.

Se paró frente a mí y me contempló con cierta desesperación.

—Hebe, estoy segura de que tú me comprendes. Yo quiero a David, le amé desde el primer momento de verle. En eso no he mentido.

La creí.

Y tuve conciencia de por qué se daba aquella contradicción entre sus actos y su comportamiento. De ahí partió mi equivocación inicial y mis dudas posteriores, no obstante señalarme la lógica la verdad.

—¿Por qué has hecho entonces por destruirlo?

—Yo defiendo mi ideal, como él el suyo. Vine aquí a cumplir una misión; lo de enamorarme no entraba en mis cálculos.

Meditaba en cuanto me decía y experimentaba la sensación de que algo seguía sin estar resuelto del todo.

Lucía, con las palabras que siguieron, dispó todas mis dudas y me llenó al tiempo de un sano horror.

—Al principio hicimos que yo apareciera como sospechosa, con objeto de que Quero se desarrollara sin preocuparse, pero al regresar Brac se nos presentó la necesidad de eliminarlo y a la vez de que yo desapareciera.

—¿Por qué? Eso sí que no lo entiendo. Podías haber continuado engañándonos... una vez muerto Brac. Tu huida te culpaba más y dejaba a Quero en la misma posición que antes.

—Sí. Pero se trataba de poder tenderle una trampa a David, en la que yo sería el cebo. David vendría a libertarme y...

Quedé anonadada. Ahora sí que me daba cuenta de que había actuado con la más absoluta simpleza. Todas mis deducciones eran correctas, excepto en la interpretación de los verdaderos motivos. Y

tenía que admitir que ellos estaban en lo cierto. David se ofuscaba en cuanto se trataba de su hermosa compatriota y la consideraría siempre una víctima, dispuesto a sacrificarse por ella.

—David no caerá en esa trampa —pronuncié con furor—. Es demasiado burda.

Como si hubiera estado escuchando y creyera que era el momento ideal para presentarse. Quero entró en la habitación.

—¡Vaya, vaya! ¿Te has dado cuenta ya de por qué te hemos traído aquí? Nos vas a servir perfectamente para nuestro juego, querida Hebe, en tu calidad de agente del F. B. I.

Hizo un gesto despectivo y se echó a reír. Una risa que, de repente, descubriría la verdadera naturaleza de aquel hombre.

Estoy segura de que militaba en las filas de Castro como lo haría en cualquiera otras, sólo por el placer de aquellos momentos en que se manifestaba superior.

—¿No lo crees, verdad? Pues ya verás como es cierto. Sabemos muy bien que nadie se interesará por ti hasta que no enviemos uno de tus huesos con una tarjeta a tus jefes. Queréis conservar la apariencia de que no intervenís en nuestras disputas, aunque sois los causantes de cuánto ha pasado. Pasarás aquí unas vacaciones, mi aguerrido agente del imperialismo yanqui. Y colaborarás en la respuesta que vamos a preparar a la broma que David nos ha gastado con esa relación de nombres falsos.

—¡Nunca!

Repitió su risa. Lucía se había retirado y nos miraba, quieta, con aquella soberana apariencia de diosa, como si no fuera el cerebro que urdía todos los detalles de la conjura.

—Ya verás como sí, mi pecosa Hebe. David caerá. Y con él todos sus hombres. Primeramente, Lucía le llamará para exponerle nuestras condiciones, sólo que en un gesto heroico, al final, le dirá que todo es mentira y que no haga caso. Se representará ante el teléfono una escena para convencerle de que, efectivamente, Lucía es mi prisionera. Y en esa escena intervendrás tú...

—¡Nunca! Antes me tendréis que arrancar la piel a tiras.

—No hará falta. Intervendrás aunque no lo desees porque varias de tus exclamaciones se han registrado ya en magnetofón y se dispondrán de forma que suenen en una conversación conmigo, muy diferente de ésta que sostenemos...

Sentí que mi sangre se enfriaba.

De nuevo había caído como una estúpida entre sus redes. Apreté los labios, dispuesta a no hablar más, pero me hirió la risa mordiente de Quero. Y me fijé en Lucía, cuyos grandes ojos verdes

esparcían calma, sosiego...

IX

S

ALIMOS al pasillo. Caminé delante hasta alcanzar su extremo en el que empezaban unas cortas escaleras descendentes. Las bajamos, anduvimos por otros pasillos y, por fin, Quero me hizo entrar en una sala que, pese a su parte habitable, estaba llena de objetos inservibles.

—Entre ellos, el señor Carlos Borgote, que jugaba una partida de ajedrez consigo mismo.

El antiguo prometido de Lucía me observó sin demostrar sorpresa.

—¿Sabe jugar al ajedrez? —Fue lo que dijo.

—El ajedrez es un juego para macrocéfalos —afirmé, destapando la cazuela en que se cocía mi mal humor—. Como usted.

—Sí; es una gran verdad —admitió con un suspiro—. Es usted muy observadora, señorita, pues son muy pocos los que se dan cuenta de que tengo la cabeza en exceso desarrollada. Se disimula porque mi pelo es liso; y mi cara larga.

—Lo peor es que la tiene vacía —continué en mi ataque—. ¡Cómo se ha reído Lucía de usted! Usted creía que había venido a reunírsele y que la había perjudicado al hablar imprudentemente de su llegada. La realidad era que Lucía le utilizaba como su fuente de información más provechosa...

Borgote se levantó y despidió lejos de sí el tablero de ajedrez, cuyas piezas vinieron rodando hasta mis pies.

—¿Qué se propone? —gritó. Y sus ojos se encendieron como las luces rojas de un cuadro de señales—. ¿No ve que trato de establecer algún orden en el caos de mis ideas? He dedicado mi vida a investigar el carácter de las personas, a recoger sus reacciones y cualquier anormalidad que se presentara en sus cerebros. Y resulta que el ser en quien yo más confiaba, el que pretendía conocer mejor, me engañaba de forma inicua, convirtiendo todo mi esfuerzo y mi ciencia en algo risible.

Era tan imponente su dolor, aunque sin rebasar los términos académicos, que me alarmé.

—Desde que me encerraron en este lugar —continuo en la misma postura, con las manos extendidas hacia delante—, he pretendido estudiar las razones por las cuales Lucía ha actuado del modo que lo ha hecho.

—¡De mucho nos puede servir el conocer sus motivos! Lo cierto es que nos tiene en tu poder y que seremos sus víctimas, ya que la hemos descubierto. ¿Quiere saber por qué lo han encerrado?

El médico aún me contempló un rato con aquel desvarío y luego se apaciguó. Se dejó caer en el asiento que ocupaba antes y recobró el melancólico aspecto, pero acentuado.

—No. Ya no me importa nada.

—Pues le han raptado, doc, para que los hombres a quien Lucía ha traicionado no sepan que ella fue voluntariamente a verle a usted al sanatorio.

—¿Y por qué? Eso no tiene sentido. Si la creían culpable de engañarlos...

—Exactamente. Ella quiere que David Peroso crea que la obligaron sus enemigos, los mismos que ahora la tienen en su poder, que la amenazaban con lo que pudieran hacerle a usted.

Abrió la boca, quiso decir algo, pero se quedó a medio camino con toda la apariencia de un pez a quien le ha estallado una burbuja en la garganta.

Me dio lástima y empecé a recoger las piezas de ajedrez. Con ellas y el tablero, me acerqué, sentándome enfrente.

—Ande, vamos a jugar. Le mentí antes al decir que no me gustaba. La verdad es que hubo una época en que me chiflaba.

Me echó una mirada de perro vagabundo agradecido.

—Sé cómo es usted —empezó—. Pertenece a la clase de personas que...

—¡Alto! —corté su conferencia—. Recuerde su coladura con Lucía. Jugaremos y, mientras, vaya diciéndome qué clase de ratonera es ésta.

—Tan segura como una celda del manicomio —aseguró, colocando sus peones—. La he registrado minuciosamente.

Lo que equivalía a decir que no había dejado ni un milímetro de terreno por reconocer, aunque quizá no hubiera visto una puerta abierta.

Una semana transcurrió y, aparte de jugar al ajedrez y discutir, a unas tres o cuatro partidas diarias y dos discusiones, no ocurrió nada importante.

Cuando no jugábamos —y debo decir que sólo me ganó dos veces— me dedicaba a registrar nuestro encierro. A la sala aquélla daban dos habitaciones y un cuarto de servicio, lo que probaba era un extremo o ala del edificio.

Las ventanas poseían unos barrotes tan gruesos como los de la jaula de un león y una red metálica clavada por fuera, tan tupida

que apenas permitía ver el exterior. Se distinguía, no obstante, parte del parque. Desde luego, el médico no se había equivocado en calificar aquello de ratonera.

No nos visitó más Lucía, pero Quero sí lo hacía con regularidad. El fue quien nos informó de que David había picado, según su expresión. Bastante más tarde me enteré, por Remorino, de lo que había ocurrido.

Creo que les gustará que les transcriba su relato que empieza justo cuando yo abandoné prisionera de Quero y sus secuaces, el cuartel general de la organización al final de la Brickell Avenida.

«David nos encontró a poco de haberos marchado vosotros. Nada pudimos hacer por el pobre Calderón, dignificaba su grotesca figura por el cincel de su rival. La Muerte. Cuando descubrí a David la identidad del traidor y su comportamiento temí que fuera capaz de hacer saltar la casa.

»—¡Qué días siguieron! El ambiente se enrarecía por momentos. Todo el mundo estaba seguro de que se producida algún acontecimiento importante en relación con la isla. Los informes que nos llegaban de los hombres de la organización que teníamos destacados allí se referían a una intensificación de los preparativos militares y de represión de las fuerzas castristas.

»Si tenía que haber invasión, no podía esperar más, pues luego ya sería tarde. Tú ya sabes cómo son los míos, Hebe. Hubo discursos en todas las esquinas, reuniones y gritos. Pero David maldito si se ocupaba de tales asuntos. Esperaba con impaciencia que Quero diera señales de vida. Habíamos llegado a la conclusión de que Lucía era completamente inocente de la traición y de que se encontraba prisionera.

»Por fin, se produjo la llamada. Fui yo quien se puso al aparato. Reconocí en el acto la voz de Lucía y quedé como electrocutado por ella. David que leía, o hacía que leía una revista, se levantó y se aproximó intrigado por mi expresión.

»—Es..., es... —balbucí, tendiéndole el auricular.

»—¡Lucía! —exclamó él.

»—¡David! ¡David! —Oí la voz de Lucía, con el acento tan dulce que solía emplear—. Oye, amor mío; estoy...

»—¿Te encuentras bien? ¿No te ha pasado nada?

»—Me encuentro bien, pero me tienen detenida. Te hablo por indicación de Quero...

»—¡Ese cerdo! —David rechinó los dientes—. ¿Qué es lo que quiere?

»—Dice que le entregue la relación de los hombres que trabajan

para ti y que tú te apartes de la lucha. Que...

»De repente hubo una interrupción, un momento en que todo quedó en silencio. Luego, se oyó la voz de Lucía de nuevo, pero ahora con más brío y un tono de trágica renuncia.

—¡David, vida mía, no hagas caso! Niégate. Todo es una trampa. Quero sólo trata...

»Oímos perfectamente el sonido de un golpe y un contenido grito de Lucía. A continuación, otras voces. ¿Cómo es posible que un teléfono pueda convertirse en una cosa tan viva, que contenga tanta intensidad? Vibraba en la mano de David, en tanto que éste palidecía y hacía esfuerzos para no apretar y destrozarlo, como si se tratara del cuello de Quero.

»Semejaba que presenciábamos la escena, que estábamos en su mismo centro. Y lo que nos situó aún con más fuerza en el drama que se desarrollaba al otro lado del hilo, fue oír tu voz, Hebe, mezclada a las de Lucía y Quero. Igual que Lucía, decías que David no debería cometer la estupidez de hacer caso...

»Temblaba al oírte y me parecía estar viéndote, erguida frente a tu agresor, viva representación de la estatua de la Libertad... después de un ayuno prolongado.

—Oye, David —resonó sobresaltándonos la voz de Quero—, pon atención a mis palabras. Pienso darte un plazo. Dentro de seis días me entregarás esa relación. Vendrás tú personalmente al sitio que yo te diga y te retendré hasta que compruebe que no me has burlado otra vez.

—Quero —contestó David, y su acento era duro como un diamante que rayara el cristal de la atmósfera—, no sé desde qué sitio me hablas. Puede que estés en el centro de la tierra, allí te encontraré aunque tenga que hacer un túnel hasta ti con las manos. Si intentas tocar un solo cabello de Lucía...

—Ya lo sabes, David; seis días —repitió sin alterarse Quero. Y colgó.

»NO cabía duda de en qué situación os encontrabais Lucía y tú. Todos nuestros recelos sobre la culpabilidad de la primera se desvanecieron. Los días que siguieron a la llamada telefónica fueron los más angustiosos de nuestra vida. Dábamos por seguro que Andrés Quero cumpliría su amenaza de eliminar a Lucía si no le entregábamos el documento que pedía.

»Al cuarto día de plazo y cuando David y yo, en mi laboratorio, nos entreteníamos en calcular cuántos puntapiés en el trasero de Quero le impulsarían hasta la luna, un timbrazo en la puerta nos sobresaltó. Eran las dos de la madrugada y no esperábamos a nadie.

»—Iré a ver... —dije, porque David no revelaba que fuera a moverse. Una serie rápida de llamadas me acuciaron. Pero llegado a la puerta, me paré en seco. Recordé el ataque de Quero y un dolor agudo en mi cráneo latió con el recuerdo.

»Al dar media vuelta tropecé con David que me había seguido y empuñaba una metralleta. El también había pensado en aquello.

»—Apártate —pidió. Un timbrazo más prolongado me hizo dar un salto—. ¿Quién es?

»—¡David! Soy yo, Lucía.

»Le metralleta tembló en las manos de David y se vino al suelo con estrépito endemoniado. El se lanzó a la puerta con un grito que yo únicamente le he oído a los que se clavan un pincho herrumbroso en la planta del pie.

»Sin más precaución, abrió. Allí estaba Lucía, encogida, temerosa. Al verla, después del tiempo que estuvo apartada de nosotros, la encontré inexplicablemente más joven. Quizá obedeciera a que estaba vestida con un “over-all” de mecánico, un chaquetón de cuero y una gorra que escondía su pelo.

»David no reparó en tales detalles. La atrapó por los brazos, la atrajo contra sí y la abrazó con tanta rapidez que me causó la impresión de un “film” primitivo.

»—¡Lucía! Amor mío.

»—¡David!

»Yo me puse a silbar. Por fin, tras un cuarto de hora de caricias, besos y exclamaciones ahogadas, pude introducir una pregunta razonable.

»—¿Cómo estás aquí, Lucía? —David la interrogaba igualmente con los ojos.

»Nos contó que los habían trasladado a una casa abandonada, en El Portal, junto con su antiguo prometido, aquel tipo que nos arrebataron de delante de las narices. Lucía dijo que habíais fabricado con vuestra ropa y con otros trapos una escalera. Que ella se descolgó —todo eso en trapos menores— sobre el techo de un cobertizo que daba bajo la única ventana de la habitación en que os habían encerrado.

»Cuando se encontraba a la mitad del descenso, la improvisada cuerda se rompió y cayó sobre el cobertizo. No era mucho lo que la separaba de él y pudo sujetarse. Pero ni tú ni el médico podíais ya salir. Confieso que me extrañó el hecho de que fuera ella quien saliera la primera, pero supuse que era decisión tuya, previniendo que ocurriese un incidente como aquél, y con objeto de ponerla a salvo.

»Bueno; el caso es que, según Lucía, tú le gritaste que no se preocupara, que viniera en busca de David y que se lo contara todo, Lucía, estremecida de frío y de miedo, se deslizó del tejado al suelo. Dentro del cobertizo encontró el mono, la chaqueta y la gorra. Salió a la carretera y un camión la trajo a la ciudad. Y allí estaba.

»—Pero ¿no dejaron algún vigilante? —inquirí con la natural suspicacia.

»Lucía reveló que, en efecto, había uno y que hubo de golpearlo con una llave inglesa. Lloraba al describir la escena, porque temía que el vigilante hubiera muerto.

»—¡Ojalá sea así! —pronunció con fervor David.

»—Otros hombres se encuentran en la parte delantera de la casa —nos informó Lucía—. Creo que son dos. ¡Oh, David, es preciso que vayamos allí y libertemos a Hebe!

»—Y también al que fue tu novio —delató su estado de celos David.

»—David, ¿qué importa eso ahora? Tú sabes que únicamente te quiero a ti.

»David dejó a Lucía. Yo le proporcioné una copa de ron que la reanimó.

»—Remorino —me llamó el jefe—, no queda otro remedio que reunir a los hombres y hacer una excursión a esa casa.

»—En eso estaba yo pensando —dije—. Y debe ser esta misma noche.

»Lucía se juntó a nosotros. David estaba muy serio, como si fuera a tomar una importante decisión.

»—Quizá no resulte bien lo de esta noche. Puede ocurrir que yo no regrese...

»—¡David! —exclamó Lucía.

»—Oye —planteé yo algo que me escarabajeaba hacía un rato—; ¿y si diéramos aviso al F. B. I.? Podía ser que...

»David me echó una mirada especial, a medias burlona y rabiosa.

»—¿Acaso imaginas que el F. B. I. va a ponernos y quitarnos los pañales? Si tuviera intención de intervenir, ten la seguridad de que en una batida terminaba con todos los cubanos de Miami. Contamos con su simpatía y hasta con cierta carta blanca que nos da para actuar, pero se mantiene al margen del conflicto. Eso lo sabe bien Hebe y la prueba es que se ha movido siempre sola. Únicamente si fallamos nosotros, daremos ese aviso.

»Acepté la lección. Entonces David hizo algo extraordinario. Nos informó dónde se guardaba la auténtica relación con los nombres y

lugares de los hombres que trabajaban contra Castro en Cuba. Me entró un repeluzno y quise impedirlo, pero él deseaba demostrar a Lucía que había recuperado la confianza por entero en ella. Su argumento era que podía ocurrirle algo y era mejor que lo supiéramos también nosotros.

»La tenía oculta en la cocina. Un curioso dispositivo —que nos dijo construyó él mismo— movía sobre unos pivotes y ruedas de engranaje la pila o fregadero, descubriendo una caja fuerte empotrada detrás. Nos puso al corriente también de las letras de la combinación que —¡oh el amor!— eran las mismas del nombre de Lucía.

»Resuelto aquello, David desplegó una actividad asombrosa. Y me la hizo desplegar a mí. Convocamos a todos los compañeros. Doce en total éramos. Lucía insistió en acompañarnos y David aceptó, pero con la promesa de que no intervendría en la lucha.

»Subidos en dos coches emprendidos la marcha. Lucía se sentaba a mi lado y su tranquila apariencia, sin saber por qué, me resultó de repente anormal.

»Pero hubiera ido, aunque fuera al infierno, sabiendo que era para libertarte...».

E

L final del relato de Remorino, cuando lo oí, hizo que mi corazón se agitase con ritmo de cha-cha-chá. Pero en tanto que todo eso sucedía, la verdad era que la posibilidad de que el artista de las falsificaciones tuviese interés por mí no me daba ni frío ni calor.

Me lo daba en cambio nuestra situación en aquella sala encerrada con el psiquiatra que se había empeñado en psicoanalizarme, siendo así que toda mi preocupación era por ver de fugarme.

Ya he dicho que Quero fue quien nos informó de la forma en que Lucía fue a cazar a David.

Tengo comprobado que los hombres son más indiscretos que las mujeres en lo que se refiere a cuestiones de verdadera importancia.

Cualquier cosa que los embriague, empezando por nosotras mismas, les hace enorgullecerse de sus méritos y de lo que han hecho o piensan hacer.

Quero se emborrachaba con la seguridad del triunfo, que esperaba obtener aunque el plan para conseguirlo se debiera al calculador cerebro de Lucía.

Y me contó, incluso, que, aparte de obligarle a confesar dónde guardaba la relación que tanto les interesaba, lo atraería, junto con todos los hombres presentes entonces en Miami, a una encerrona. Lo que no soltó fue el sitio donde se efectuaría ésta. Pero yo tenía una idea clara de ello.

Ningún hombre entraba en nuestra sala, fuera de Quero, en la ocasión de traernos la comida o la cena. Dos se quedaban junto a la puerta, apuntándonos con las pistolas y un tercero nos acercaba las bandejas conteniendo las viandas.

Yo estaba alerta a cualquier descuido y dispuesta a jugarle las tabas de mi anatomía para que se ahogaran aquellos perros.

La ocasión se presentó. Fue a los cuatro días de habernos comunicado Quero la estratagema del teléfono. Nos sirvieron la cena, pero entraron sólo dos hombres. El de la puerta estaba provisto de una metralleta.

Inmediatamente tracé el plan.

Conforme nos dejaba el camarero los platos y fuente sobre la mesa, cogí un vaso, lo sopesé y medí con la vista la distancia a que estaba la luz. Si me fallaba el darle al globo, terminarían todas mis

esperanzas de escapar.

No fallé. Y la oscuridad nos sumergió. Únicamente se veía al hombre apostado junto a la puerta. Yo, al tiempo que lancé el vaso, me había trasladado de sitio.

—¡No dispaes! —gritó el de dentro.

Llegó a mis oídos el ruido de lucha. Me deslicé hacia la puerta enarbolando una silla que había cogido. No se movió el vigilante, indeciso de si hacer fuego por no herir a su compañero.

Le descargué un silletazo feroz, que le arrancó el arma de las manos. Y me eché sobre él, dándole un nuevo cacharrazo. Retrocedió levantando los brazos para cubrirse de mis golpes y entonces yo arrojé aquella poco arrogante arma de combate y me doblé, sin perderlo de vista, y alcé la metralleta caída.

—¡Borgote, salga! —grité, sobre todo porque me contestara y saber lo que le había pasado.

—¡Bravo por usted! —alabó Borgote que apareció empuñando una pistola, por lo que deduje que había concluido con el otro individuo.

—Usted no lo ha hecho mal —devolví el cumplido.

—¿Qué haremos ahora?

—Iremos a ayudar a David. Pero antes haremos que este búho asustado pase a ocupar nuestra madriguera.

Sin otro aviso, metí por la cintura del vigilante el cañón del arma que tenía entre las manos.

—¡Vamos! —conminé y puedo jurar que no sentía el menor deseo de bromear—. Pasa ahí dentro.

—¡Pero la casa estará llena de hombres! —se escandalizó Borgote—. No podremos salir de aquí, no...

Yo ayudé a entrar al secuaz de Quero por el procedimiento de aplicarle la suela del zapato en su reverso. Y cerré la puerta. Me encaré con Borgote.

—Se equivoca, amigo —dije—. Estamos solos en la casa. ¿No lo comprende? Esta noche pasaron sólo dos hombres porque el resto ha ido de cacería. Hoy es el famoso día de la trampa que han tendido a Peroso y sus hombres.

Me contempló con su aire alelado.

—Ya —balbució—. Pero ¿dónde iremos? Ese hombre, Quero, no dijo dónde era el encuentro.

—No se apure. Yo lo sé.

Como había pronosticado, el caserón estaba abandonado y pudimos salir sin tropiezos. Y tuvimos la suerte de encontrar un coche, un pequeño Henry J., en el garaje.

Atravesamos la ciudad de sur a norte. Y pronto entramos en El Portal.

Borgote no había despegado los labios en todo el viaje. Cuando alcanzamos la calle 91 y penetramos en la parte casi desierta que se extendía hasta el aeródromo, le sentí agitarse y suspirar.

—Éste es el camino del Sanatorio —murmuró.

—En efecto.

Detuve el coche a unas quinientas yardas de donde se iniciaba el jardín que rodeaba al manicomio. Y saltamos fuera. Me hice de nuevo con la metralleta.

No había apenas luces en el sector aquel, y la que debía brillar sobre la verja de paso al manicomio estaba apagada.

—¡Vamos! —ordené al médico—. Debemos acercarnos y esperar junto al grupo aquel de árboles.

Señalé a unos álamos que se alzaban en la linde de la carretera. Y avanzamos precavidamente.

Estuvimos acertados, porque al aproximarnos nos llegó un rumor de voces provenientes de otro grupo de árboles situado a un lado del cercado parque.

—Hicimos bien en dejar el coche —susurré—. Seguramente creerán que se trata de alguien que vive en las casas que hemos pasado antes.

—¿Pero, quiénes son? ¿Por qué sospecha que...?

—¿Todavía no lo sabe? Esos hombres pertenecen a un grupo de partidarios de Castro, y esperan a que Lucía traiga sujeto por la nariz a David Peroso y a sus hombres y se los prepare como blanco.

—¡Pero eso es una encerrona infame! —Elevó la voz el médico.

—Claro. Nosotros esperamos aquí para ver en qué para todo esto.

Nos habíamos introducido entre los árboles y tomado posiciones.

Yo me situé un poco detrás de Borgote, cubriéndolo con la metralleta. Mi pulso se mantenía perfectamente tranquilo, cosa que ocurría siempre que se avecinaban acontecimientos definitivos.

Un gran silencio había seguido a las últimas palabras que yo pronuncié.

Los del bosquecillo de enfrente cesaron de hablar.

El silencio es lo que da una idea cabal del tiempo, sobre todo cuando se espera. Fueron solamente dos horas, pero yo creía que transcurrían varios años.

Pasaron numerosos coches y un par de camiones, pero el tránsito se fue espaciando poco a poco hasta casi cesar por entero.

De pronto, conmoviendo la calma que se extendía desde hacía

unos diez minutos, escuchamos el motor de un coche que llegaba del este. Y a ése siguió el otro que le seguía.

Hicieron alto a unas doscientas yardas.

—Deben ser ellos —musité.

Era tan extraordinaria la serenidad de la atmósfera y perfecta la acústica, que se podían seguir perfectamente los pasos, los movimientos de los hombres que se bajaban de los dos coches, aunque apenas si se les distinguía.

Con rapidez elevé la metralleta, y comencé a disparar hacia donde suponía que estaban los partidarios de Quero.

—¡No sea loca! ¿Qué hace?

Borgote intentó detenerme, pero me aparté y continué haciendo fuego. El trino de aquel ruiseñor mortífero, retumbante, sonoro. Corté.

—Esto es para avisar a mis amigos —expliqué al aturdido médico—. Ahora David y los otros se aprestarán a tomar posiciones y ya seremos muchos a luchar.

—Pero...

Le impedí que hablara con una nueva ráfaga. Los enemigos contestaron.

—Retrocedamos —propuse—. Debemos reunirnos con David y los suyos.

—Nos verán si nos movemos —opuso Borgote.

—Al contrario. Quedándonos aquí es como nos localizarán en seguida.

Algo debió notar en mi tono porque se apresuró a escurrirse en la dirección que yo le señalaba.

Hubo otros cuántos disparos, pero el tiroteo iba dirigido hacia el punto que acabábamos de abandonar, con lo que los hombres de la organización tuvieron un tiempo para situarse.

Se habían refugiado tras los coches, aparcados a un lado de la carretera.

—¡David! —grité.

—Es Hebe —oí decir a Remorino.

—Vamos a reunirnos con vosotros —advertí.

Empujé sin delicadeza alguna al buen Borgote con el cañón de la metralleta, porque se había parado, vacilante, y atravesamos la carretera hasta dejarnos caer junto a David, Remorino... y Lucía.

Ésta, con su traje de mecánico y una gorrilla que le daba aspecto de golfo del puerto.

—¿Cómo habéis logrado...? —empezó a preguntar David.

Pero yo no atendía sino a vigilar a Lucía que había deslizado su

mano derecha dentro del bolsillo del chaquetón que le cubría el mono. Sabía lo que aquel gesto significaba. Y sin vacilar, me arrojé contra ella.

Rodamos las dos por el suelo. Había conseguido sacar la pistola, pero le sujeté la muñeca y empezamos a forcejear. Los demás presenciaron la pelea, sin poder intervenir porque nuestros continuos giros les impedían sujetarnos.

Lucía era más fuerte, pero mi cuerpo de contorsionista y mis conocimientos de lucha eran demasiado evidentes.

Me desprendí rápidamente de ella, que fue a levantarse, pero le apliqué entonces un puñetazo al cuello que la aturdió y le arrebaté la pistola con la que apunté.

—¡Vamos, levántate! —exigí.

Lucía se puso de rodillas en tierra y me contempló con serenidad.

—Tú ganas, Hebe —pronunció con calma.

David nos miraba descompuesto, sin saber por qué era todo aquello, pero empezando a comprenderlo.

—¿Qué es esto? ¿Por qué te peleas con Lucía?

—¿Sabes quién nos ha traicionado desde el principio? ¡Ella!

—Estás loca. Te oímos a ti cuando nos llamó por teléfono.

—Eso lo amañó con su astucia. Hizo que recogieran mi voz en un magnetofón y compuso una conversación completamente falsa.

—Pero ¿acaso no se ha escapado de aquí..., donde estaba prisionera junto contigo y con...?

—¿De aquí? Esto es una trampa que os han tendido —proseguí implacable triturando las últimas ilusiones de David—. Una trampa que te ha preparado ella para acabar contigo y con tu organización. A mí y a su antiguo novio nos han tenido en una finca de South Miami.

—¡Maldita! ¡Maldita!

David se precipitó contra Lucía y le aplastó el rostro de un puñetazo que me hizo daño a mí. Pero ahora no deseaba intervenir. Estaba perfectamente en su derecho para tratarla así.

—Destrozaré tu cuerpo hasta convertirlo en una masa irreconocible —decía David, cuyos ojos llameaba como dos hogueras en la noche—. ¡Perra! ¿Por qué has hecho todo esto?

Pese a la brutal paliza, Lucía no causaba la impresión de resentirse. Le manaba sangre de las narices magulladas, pero los ojos se clavaron en David más llenos que nunca de la luz verde, cautivadora.

—David, es inútil lo que haces. En estos momentos ya tiene en

su poder la relación que han sacado del lugar que tú me enseñaste. Les dejé un aviso antes de que saliéramos, en el lavabo, como convinimos.

—Pero tú sabes que vas a morir aquí —fue la contestación de David.

—Sí. Moriré contigo. O, mejor dicho, me matarás tú. Lo supe desde que nos vimos por vez primera.

Yo dudaba escuchándola. ¿Era posible que su mirada no reflejara lo que de verdad sentía por David?

Se me reprodujo el viejo sentimiento de amargura y busqué a Remorino entre los demás hombres, aunque sin acertar con la causa de aquel instintivo movimiento.

Los hombres de Quero deberían haberse desvanecido, porque ya no disparaban.

Desde luego, no tardaría mucho en presentarse la Policía y era lógico que, fallado el golpe, y teniendo los documentos en su poder, se dieran a la huida.

Aquello mismo lo hizo audible el médico y antiguo novio de Lucía, al proponer:

—¿No sería mejor que se diera aviso a la Policía que...? Me refiero a que ya es inútil seguir aquí. Esa relación no puede recuperarse, pero quizá la Policía esté en condiciones de prevenir a esos hombres de Cuba.

Elegí aquel momento, tan intempestivo, para lanzar una carcajada. Borgote me miró, estupefacto.

—¿Qué le ocurre? ¿He dicho algo gracioso?

—Lo más gracioso de todo, doc. Esa relación no ha salido todavía de Miami y usted sabe, tan bien como yo, que la Policía no puede avisar a nadie con tiempo suficiente.

—No la entiendo. Quizá se hayan alterado algo sus nervios —pronunció el médico con cierta sequedad.

David y sus hombres me examinaban igualmente con asombro. Sólo Lucía tenía en sus ojos una luz de reconocimiento.

—Se lo explicaré, doc —dije—. Fue una maniobra tonta la que llevó a cabo cuando nos salió al paso el día aquel que visitamos el manicomio para contarnos lo de su noviazgo con Lucía y prepararse su propio rapto. Tenía que ser una retrasada mental para no darme cuenta que su intención era apartar mis sospechas de ese centro donde usted trabajaba.

—Está loca.

—Quizá. Pero no soy una de sus pacientes. Usted se dio cuenta de que yo había tenido una corazonada muy peligrosa en relación

con el sitio donde podrían esconderse los enemigos de la organización de Peroso. Una buena idea, doc, esa de camuflar en un manicomio a una banda de agitadores... y de espías.

Esta vez, el médico no intentó explicar mi conducta mental. Pero dio un paso atrás y extrajo con fulminante rapidez una pistola, no aquélla de que había fingido apoderarse en la casa de South Miami, sino otra que debió llevar siempre consigo.

Fue un movimiento tan rápido que me cogió desprevenida. Y a todos. Una fría sonrisa alteró sus correctas facciones.

—Muy lista —expresó con su tono cultivado, pulcro—. Ya se lo dije. Pero no le va a servir, señorita agente del F. B. I. Está vez me he adelantado yo. Esa relación saldrá fuera de Miami y usted no podrá hacer nada por evitarlo.

—¿Cuánto le paga Castro por su trabajo? —Escupí en su dirección—. Usted no tiene siquiera la disculpa de los otros que luchan por un ideal. Es un vil espía a sueldo y vende al mejor postor.

—Gracias por sus insultos. Serán los últimos. No quiero alarmarla, pero he decidido que me estorba usted. Y su amigo David Peroso. ¡Oh, sí! Donde él esté siempre habrá un enemigo de la Cuba auténtica...

Sentí, tuve la descarga interior de que aquel hombre iba a disparar. Y había elegido a David como primer blanco.

En una décima de segundo me fijé en David y vi que también se había dado cuenta de ello, pero lo acogía con una sonrisa despectiva.

—¡Indecente puerco! —Le arrojó.

Borgote apretó el gatillo.

Y justo en el mismo instante otro cuerpo saltó y se interpuso en el camino de la bala. Era Lucía, que dio la impresión de que se aplastaba contra un muro invisible y su bella faz se distendía en un gesto de sorpresa.

Remorino aprovechó la ocasión y disparó a su vez. Su disparo fue certero.

Borgote se tambaleó, su pistola se desprendió de sus manos y se vino al suelo con un feo golpe que hizo rebotar su cabeza. Lucía cayó sobre él.

Y yo pensé que el amor es la única fuerza que salva todas las barreras, incluso a de la muerte.

XI

E

L F. B. I. sorprendió a todos los miembros del grupo procastrista dentro del sanatorio, que se descubrió como un centro de espionaje.

No me había fallado mi instinto y aquel Borgote era, en realidad un agente internacional que servía a cualquiera que le pagara bien.

Andrés Quero puso en claro muchas cosas.

Por ejemplo, el hecho de que Lucía se había prestado a representar aquel papel dentro de la organización de Peroso por su amor al antiguo novio, desconociendo las auténticas actividades de éste.

Pero se metió por medio el verdadero amor y a partir de entonces su vida fue un tormento, porque no le gustaba lo que hacía.

Para que ustedes no se disgusten les diré que el asunto terminó bien. Lucía fue llevada rápidamente a la clínica que atendía el doctor Montkland y, aunque su herida era de suma importancia, la operación que le hizo tuvo éxito.

Ningún grupo más triste que el que presentábamos nosotros en espera del resultado.

David no era sino un pingajo que temblaba, pálido, incapaz de concentrarse en ningún pensamiento, mirándonos y no viéndonos.

Yo pensaba en todo lo que había ocurrido y lo consideraba enteramente absurdo. Lucía creando un plan, o mejor dicho, prestándose a servirlo y en el último momento echando abajo toda su obra y dando su vida por la de su principal enemigo.

Con su gesto final cerraba toda la disputa acerca de ella. Había servido a su causa o lo creyó así y amado a un hombre a la vez.

—¿Crees que se salvará? —me preguntó Remorino que tenía un aspecto compungido.

—De Lucía yo no creo nada —contesté—. Es posible que, por llevarnos a todos la contraria, se salve.

—Me gustaría que fuera así —expuso Remorino reflexivamente—. He llegado a quererla.

—¡También tú! ¿Qué tendrá esa mujer para volver locos a todos los hombres?

—Hebe, siento tener que decírtelo —dijo muy serio Remorino—, pero estoy enamorado.

—¡Pues a ver cómo te las arreglas con David! ¿No querrás

iniciar una nueva tragedia?

Remorino me examinó con un parpadeo que no auguraba nada bueno.

—Todavía no he dicho de quién —continuó recreándose.

Y de repente se sentó a mi lado y me cogió las manos. Me echó una mirada que él pretendía que fuera amorosa, pero que me pareció de perro hambriento.

—Hebe, te quiero. Sé que cometo la locura mayor de mi vida, porque tú no eres una mujer sencilla, sino la imaginación de Peter Cheney hecha mujer, pero aún así te quiero.

Cuando estudiante, algunos compañeros me habían requerido amorosamente, creo que más que por otra cosa por ensayar para ir luego con las demás chicas.

Pero aquélla era mi primera experiencia auténtica, de mujer.

Se ha hecho tanta literatura sobre eso, acerca de la emoción que se experimenta, del gusto desfalleciente y otras zarandajas, que me defraudó el notar que me quedaba tan tranquila.

Bueno; tan tranquila, no. Comprendí que no era un impulso romántico de Remorino, sino que hablaba sinceramente. Y lo que sí experimenté fue una total y absoluta confianza en mí misma.

—Gracias —fue lo único que dije.

El médico salió entonces.

David se levantó de un salto y nosotros le imitamos. No hizo falta que hablara. El sistema de señales más completo que se conoce, desde tiempo inmemorial, son las caras de los galenos, y no voy a decir aquello de que por eso la galena se utiliza para hacer radios...

—Alégrese, amigo mío —palmoteo en el hombro de David—. Esa mujer está fuera de peligro. La bala se alojó justamente unos milímetros por debajo del corazón. Tardará en reponerse del todo, pero al final, quedará como usted o como yo.

A juzgar por la expresión de David, debió creer en la última parte, o sea que Lucía iba a quedar como el doctor, porque se le arrugó el semblante y causó la impresión de que iba a llorar.

—Puede pasar a verla —continuó el doctor Montkland—. Por lo visto de lo que no curará jamás es de quererlo a usted. Es por lo primero que ha preguntado al abrir los ojos.

David no se hizo esperar la invitación.

Y yo entonces me di cuenta de que estaba muy cansada y de que me gustaría ir a la cama y dormir durante doce horas.

Pero, en un impulso inconcebible, tomé del brazo a Remorino y le espeté:

—¡Vamos a bailar!

—¿Qué? ¿A estas horas..., muertos de sueño y cansancio?

—¡Eso es! Miami es la ciudad de la diversión. Vamos a Miami Beach. Hay clubs nocturnos que está toda la noche abiertos. Las mejores orquestas, los cantantes de más fama...

Enumeraba atropelladamente cuánto había leído en los folletos turísticos.

—Hemos de vivir, Anselmo, apurar los segundos de nuestra existencia. ¡Nada de sueño ni cansancio! Iremos de una sala de fiestas a otra, bailaremos toda la noche.

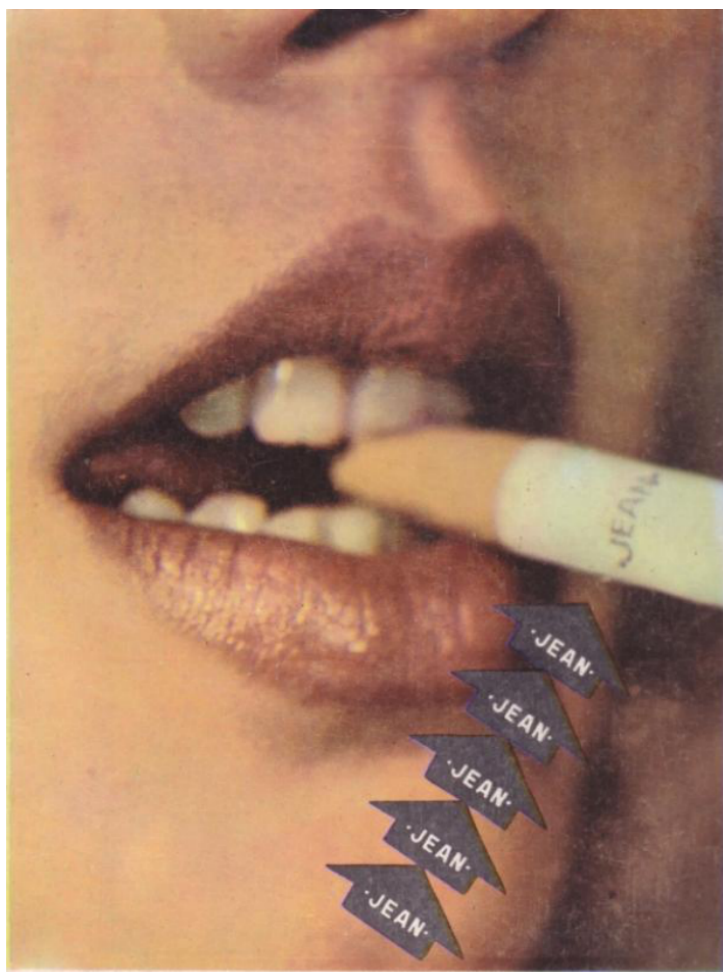
Y así fue.

Y me despido de ustedes en el momento en que empieza a amanecer y por sobre la bahía se extiende un matiz rosado.

Remorino bosteza entre mis brazos. Los componentes de la orquesta bostezan también. Un par de camareros se han dormido.

¡Pero yo soy feliz!

F I N





EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 × Madrid-5

10
Ptas.